HOMBRE DE AMERICA

FUERTE Y LIBRE

21

Mensaje del mar — MARUJA MALLO

30 Ctvs.

0.10 dólar en el exterior

POSICION

Mi plástica es un proceso que evoluciona constantemente. Es un desenvolvimiento dinámico en la forma y en el contenido. Arranca del arte popular español, que es la verdadera tradición de mi patria.

El arte popular es la representación lírica de la fuerza creadora del hombre, del poder de edificación del pueblo que construye cosas de proporciones, formas y colores inventados: creaciones mágicas de medidas exactas.

Mi pintura de caballete se ha dirigido al escenario, al muro. Se ha incorporado a la cerámica, es decir a tomar parte integrante en la arquitectura y en la labor colectiva. Si el origen de la expresión es la plástica, el origen de la pintura es la decoración.

A una humanidad nueva corresponde un arte nuevo. Porque una revolución artística no se contenta solamente de hallazgos técnicos. El verdadero sentido que hace a un arte nuevo e integral, es, además de un conocimiento científico sólido y de un oficio manual seguro, la aportación de una iconografía, para una religión viva, para un nuevo orden.

El artista debe preparar el advenimiento de las nuevas tendencias, dando formas definitivas a las de su tiempo.

El arte consciente o inconscientemente es propaganda. El arte revolucionario es un arma que emplea una sociedad consciente en contra de una sociedad descompuesta.



MARUJA MALLO

José Ortega y Gasset conoce sus cuadros y estampas y en 1928 realiza una exposición de ellos en los Salones de la Revista de Occidente. Tenía la artista 18 años.

En 1932 va a París, ciudad donde expone con éxito. Vuelta a Madrid, ocupa diversas cátedras. En 1936 en "Amigos de las Artes Nuevas", expone sus obras siendo su presentación la segunda muestra, correspondiendo la primera a Picasso. En este mismo año la "Sociedad de Amigos del Arte" de Buenos Aires, la invita a dar conferencias pronunciando la primera en junio de 1937. Luego pasa a Montevideo y a Santiago de Chile. En este mismo año la editorial Losada le edita su monografía: "Lo Popular en la Plástica Española a Través de mi Obra".

Su labor ha recibido unánime elogio de la prensa mundial y está repartida en diversos museos y galerías del viejo y nuevo mundo.

BOURDELLE. por M. MIR, Editorial Poseidón, Buenos Aires, 1943

Emil Antoine Bourdelle es un artista muy conocido a través de los artículos de las revistas y los diarios, pero aun no sabíamos de un estudio en castellano tan completo y sereno como este de M. Mir que ha dado a publicidad la Editorial Poseidón.

Contradictorio, audaz y sereno, nuevo y clásico, Bourdelle es a través de su obra un cabal exponente del artista de nuestros tiempos, que busca su verdad. "Para Bourdelle —dice Mir— temperamento místico y religioso, el drama está encerrado en la lucha que sostiene contra sí mismo para elevarse día a día en el dominio de su expresión". Lucha apasionada y dolorosa, larga: con una aparente meta cercana que se aleja a cada nuevo paso que da el artista tras ella. Esta ineludible tragedia para el artista de verdad tiene en Bourdelle un arquetipo. Su vida es aparentemente tranquila, pero bajo esta aparente calma está un espíritu embrujado que sufre y se tortura por encontrar momento a momento, la expresión que lo lleve certeramente más y más allá.

Niño indócil a toda disciplina común, hijo y nieto de artesanos — artistas — sus primeros maestros son la naturaleza arisca de Toulouse y Montauban y las herramientas de sus familiares. Enviado por un novelista que cree en el talento del muchacho, a estudiar a la Escuela de Bellas Artes de Toulouse, deserta de ella por encontrar que entre las frías murallas de la Academia el arte vive anquilosado, raquítico, sin vida: "No comprendo nada —dice—. Mi escuela personal, ese es mi camino". Solo en los caminos del arte, pobre, rebelde, una de sus fuentes de cultura son los griegos. En 1896 trabaja de ayudante de Rodín, pero diferencias fundamentales las leyes que dirigen su arte". Ya maduro, anda a grandes pasos por el arte e innova en la escultura tan hondo como "Cézanne en el campo de la pintura".

Pronto es el alto escultor que va floreciendo en obras más y más perfectas, un manojo de las cuales ornan los paseos de nuestra ciudad: "Heracles arquero", "El Centauro Moribundo", y su obra maestra la estatua ecuestre del general Alvear. Tanto esta eminente figura, como las que surgen en el pedestal y que representan *la Libertad, la Fuerza, la Elocuencia* y *la Victoria* son la obra maestra del artista, y hay en ellas algo de la fuerza y la firmeza de las mejores figuras de Botticelli, gracia, síntesis, un arabesco apretado y un clima de poesía vibrante que huyendo de la literatura caen en una plástica ejemplar.

El libro de M. Uir nos da una síntesis fiel y completa de esta vida ejemplar. Impreso con el característico buen gusto de la Editorial Poseidón, el tomo se completa con un nutrido número de grabados que nos muestran desde las esculturas hasta las otras diversas manifestaciones —acuarelas, agua fuertes, dibujos— de la obra serena e inquieta de este artesano genial, cuya obra y vida merece ser difundida inteligentemente —como este libro lo hace— para sano ejemplo de las generaciones que quieran surgir honradamente en el arte.

P E D R O   O L M O S

VISION DE CONTINENTE

Una sugerencia del gobierno del Brasil, en el sentido de hallarse dispuesto a representar a todos los países suramericanos en las conferencias internacionales de paz y de reconstrucción posbélica, ha puesto en primer plano de actualidad este interesantísimo problema, planteado por esta revista en reiteradas oportunidades e incluído en la encuesta que estamos publicando desde el número 18 de HOMBRE DE AMERICA.

¿Puede una nación asumir la enorme responsabilidad de ser intérprete de los anhelos, necesidades e intereses de todos los pueblos de Sur América? ¿Pueden éstos delegar sus atribuciones y derechos, casi siempre considerados y respetados muy deficientemente en el orden interno, en una tercera potencia, que ofrece menos garantías aun de representación auténtica y de defensa obstinada de todo aquello que constituye lo vital para la vida del continente?

Afirmamos rotundamente que no. No podemos admitir que se trate de resolver así el derecho que tenemos de decidir nuestro destino y la participación que a cada pueblo corresponde en los acontecimientos del futuro inmediate. Si ello nos fuera impuesto, debiera ser resistido hasta agotar todos los recursos; de ningún modo aceptado pasivamente.

En primer término, conviene que se considere la falacia de la argumentación alegada para insinuar tal representación y lo atentatoria que resulta para el gigantesco esfuerzo que se está realizando para lograr que toda América constituya una unidad continental y no un conglomerado heterogéneo de pequeñas naciones sin potencialidad ni gravitación mundial.

Podemos representar, no algo sino mucho, en el orden internacional, en tanto que conjuncionemos, coordinemos y seamos capaces de ofrecer a nuestros propios pueblos y al mundo entero las riquezas materiales y espirituales que existen en todo el continente. Pero fraccionados, desperdigados, carentes en la mayor parte de los casos de complementos indispensables que no se hallan en la propia región, permaneceremos como hasta el presente en situación de dependencia, de esclavitud económica, y hasta de degradación moral y política.

No puede interesarnos, en consecuencia, la participación aislada de cada una de nuestras naciones en las conferencias de paz y reconstrucción, porque volvería a repetirse la situación existente en la Liga de las Naciones, donde los países pequeños, desempeñaban el menos digno de los papeles, aunque nominalmente contaran con el mismo voto y su soberanía estuviera tan reconocida como la de las grandes potencias.

Menos aun nos interesa estar representados por el gobierno de alguna nación que actúe de abogado de nuestros derechos. Incluso suponiendo que su defensa sea brillantísima, y que obtuviera para nosotros grandes beneficios —que sólo serían mayores cuotas de exportación de carnes o cereales—, no se satisfacerían de tal modo nuestras vitales necesidades.

Unidos, coordinados, formando un conjunto homogéneo, somos inmensamente fuertes en el orden material. Poseemos casi todos los elementos que son considerados como riqueza, tanto minerales, como agrícolas, ganaderos, forestales, etc. Y si carecemos de algo, tenemos en cambio la casi exclusividad de otros elementos indispensables, con lo que el intercambio en un pie de igualdad con otras regiones estaría asegurado.

En el orden político y social, nuestro continente tiene como lemas principios de libertad y justicia que son precisamente la antítesis de las doctrinas y métodos totalitarios que en otros continentes han provocado la actual contienda. Es verdad que esos principios no son practicados por la mayor parte de los gobernantes americanos, pero ellos están arraigados profundamente en nuestros pueblos, constituyen su propia esencia y es suficiente nada más que un poco de libertad para que se manifiesten en toda su grandeza.

Pero son muchos los factores que inciden para impedir el afianzamiento de una unidad continental. Son muchos y muy grandes los intereses particulares, de sectores y castas que desde cada una de las veintiún naciones trabajan en provecho propio, la mayor parte de las veces amparándose bajo los justificativos de independencia y soberanía nacional. Por encima de los ideales de unidad americanista, aquellos círculos tienen preocupaciones más hondas: su café, su estaño, su azúcar, su salitre ... o su trigo y sus vacas.

Además, nos hallamos en presencia de una situación cuyas consecuencias gravitarán sin duda en la mayor o menor intervención de América y de cada una de las naciones que la integran en las decisiones posbélicas de carácter mundial. A ella se refiere nuestro colaborador Joshua Hochstein, presidente del Comité de Relaciones Interamericanas del Departamento de Enseñanza Secundaria de los Estados Unidos, al decirnos en carta reciente: "Solamente los pueblos que han adherido a la lucha en una forma u otra, solamente los pueblos que están aportando su sangre y su haber a la contienda, para forjar un nuevo mundo, participarán con justicia en la solución de los problemas posbélicos. A los otros se les regatearía el privilegio de influir en los consejos de paz después de haber contribuído a la resistencia del eje contra el triunfo de las naciones unidas".

Esto es perfectamente claro. Hay gobiernos en América que a pesar de tener para el exterior una política democrática, en el orden interno tienen sometidos a sus pueblos a dictaduras y regímenes de verdadero terror. En otras naciones no se han adoptado elementales medidas, dentro de su territorio, contra los elementos nazifascistas, que actúan abiertamente en favor de las potencias agresoras. ¿Qué derecho asistirá a tales gobernantes para pretender aprovechar de lo que a otros pueblos ha costado tanta sangre, destrucción y privaciones?

No son muy promisorias las perspectivas del futuro inmediato para nuestro continente, por culpa de la cerrazón mental de muchos gobernantes americanos y su supeditación a los intereses de las castas oligárquicas nacionales. Todavía, no obstante, se está a tiempo para rectificar una política insolidaria y suicida, mediante actitudes concretas que se traduzcan en el establecimiento de regímenes de libertad, en la anulación de todas las actividades de los nazifascistas y en la inmediata coordinación económica y política, eliminando todos los obstáculos que se interponen para que toda América constituya un solo bloque.

En primer término, debe construirse y consolidarse la unidad de los pueblos de Centro y Sur América, tendiendo luego a fortalecer esta unión continental con la incorporación de los Estados Unidos del norte, pero ya no como nación dominante.

Si así no se hiciera, podremos seguir hablando de autarquía, de nacionalismo económico, de soberanía nacional ... pero estaremos supeditados irremisiblemente a los dictados de las potencias que hasta ahora nos han estado oprimiendo y subyugando, aprovechando justamente de nuestra debilidad y desunión.

LA CAIDA DE MUSSOLINI

EXPRESION SIMBOLICA

del fracaso del fascismo

Es un juicio válido para la calificación de todos los tiranos que la historia ha conocido y aplicable también a todos los dictadores y jefes providenciales que en la actualidad ensombrecen la vida de los pueblos, aquel que sostiene que la grandeza, el genio o la virtud directiva de tales personajes, han sido y son fruto de una perniciosa sugestión colectiva, resultado fortuito de un conjunto de circunstancias históricas especiales y, como ocurre en los casos contemporáneos, producto de una propaganda sistemática, hábilmente realizada con conocimiento de la psicología colectiva y favorecida por determinados grupos sociales interesados en crear y mantener el mito de algún héroe salvador del pueblo o de la patria, para medrar a su sombra e imponer un dominio sin atenuantes, sobre la masa popular.

Cuando en un momento dado, en virtud del propio juego de las fuerzas históricas, se pone en descubierto la superchería que dió lugar a la ilusión colectiva y ésta se desvanece —a veces después de un largo proceso de decepción— de inmediato el héroe infalible y jefe idolatrado cae de su pedestal y el pueblo tiene ante si el triste espectáculo de un personaje lamentable, de un farsante cobarde, de un actor mediocre que ni siquiera acierta en una decorosa salida del escenario histórico que había acaparado durante tantos años, engañando a generaciones enteras.

Aparece entonces claramente que no hubo tal héroe, ni genio político o guerrero, ni tal inspirado conductor de pueblos. Sólo hubo un impostor audaz, un histrión afortunado, un maniático con la obsesión del poder, con la lucidez suficiente para aprovechar en favor de la misma, la conjunción de determinadas circunstancias sociales y psicológicas. Los pueblos que soportaron al histrión encumbrado, todos aquellos que durante largo tiempo lo admiraron por su pretendida grandeza o lo odiaron por sus crímenes evidentes, se quedan de pronto anonadados de asombro y decepción. ¿Cómo? ¿Era ése el hombre terrible y genial, el despiadado dictador que había mantenido en suspenso a la humanidad entera? ¿Es que ese personaje vulgar, ruin y temeroso es quien había sabido sojuzgar a millones de hombres imponiéndoles la propia voluntad, hasta en sus voliciones y creencias?

Tal impresión de indignado asombro ha de producir en sus numerosas víctimas y ex admiradores, la caída de Benito Mussolini, creador aparente y "duce" del fascismo, dictador de Italia durante más de veinte años, maestro e inspirador de Hitler y presunto fundador de lo que algunos histriones de por aquí han llamado la "era de Mussolini" o el "siglo de Mussolini".

En verdad, el caso de Mussolini, con su desenfrenada carrera de demagogo arrivista, de traidor sistemático, de dictador totalitario, de gran actor, por encima de todo; con su rápida decadencia y su caída vertical, sin el menor gesto de dignidad, constituye el ejemplo más concluyente, la más decisiva enseñanza acerca de la falacia de las dictaduras providenciales y de los regímenes totalitarios, como medio de labrar la grandeza de los pueblos o de salvarlos del caos y la decadencia, como han estado repitiendo y repiten aún, con irritante monotonía, los apologistas y turiferarios del absolutismo moderno.

He ahí, para nosotros, la significación trascendental, en el orden político y social, de la caída del dictador italiano y que acontecimientos próximos, en un plano europeo y mundial, habrán de subrayar de un modo indiscutible. Porque no se trata sólo del fracaso de un individuo, del desplazamiento de uno de los tantos impostores políticos que la historia ha conocido. Se trata de la bancarrota total, absoluta y trágica de un sistema, cuyos fundamentos consisten en la abolición de toda libertad individual, en la idolatría del poder y la glorificación del Estado, personificado en el *conductor* —"Duce" o "Fuhrer"— como la deidad suprema. El fascismo había prometido al pueblo italiano, seguridad, bienestar y grandeza imperial, a cambio de un sometimiento total a la voluntad del jefe máximo. Destruyó las organizaciones obreras y populares, creando en su lugar una complicada red de entidades burocráticas, entroncadas en el monstruoso Estado totalitario. Disolvió los partidos políticos, imponiendo el partido único y oficial. Prescribió toda libertad de pensamiento y de creación artística, fijando cánones oficiales para todas las disciplinas del intelecto. Convirtió la educación de la juventud en un repugnante sistema de deformación espiritual y de adiestramiento mecánico para la idolatría del Estado y la agresión imperialista. Impuso el culto del "Duce" como un ideal para el pueblo y exaltó la brutalidad más desenfrenada, como una virtud heroica, y quiso hacer de ese pueblo, laborioso, pacífico y sentimental, una masa guerrera y agresiva. Como única compensación de los enormes sacrificios de toda índole que le obligó a soportar, le prometió la expansión imperialista, la conquista militar y la opresión de otros pueblos. A cambio de la supresión de la libertad y de otros bienes reales, le prometía, simplemente, sangrientas quimeras.

El resultado de esa política criminal está a la vista. Después de haber arrebatado al pueblo italiano todos sus derechos en el orden interno, el fascismo enajenó su independencia internacional, al someterlo a la férula hitleriana, con el "pacto de acero" del Eje, y lo embarcó en la más absurda y deshonrosa de las guerras, creyendo que sólo se trataba de apuñalear por la espalda a Francia vencida y recoger una parte del botín de guerra que parecía iba a obtener la Alemania nazi victoriosa. Y cuando falla este cálculo tenebroso e Italia pierde todas sus colonias, sufre el bombardeo de sus principales ciudades y su territorio es invadido; cuando las promesas de gloria del fascismo —único justificativo de su política interna y exterior— se revelan como un sangriento sarcasmo y el pueblo exterioriza cada vez más intensamente su descontento, su repudio contra el régimen y contra la guerra, entonces el héroe, el infalible conductor, se esfuma, desaparece como un delincuente vulgar cuyas fechorías son descubiertas, dejando que otros personajes, más mediocres aún, carguen con la responsabilidad del enorme desastre que ha caído sobre el pueblo italiano.

Frente a la elocuencia que se desprende de estos hechos, escuetamente resumidos, no hacen falta más argumentos contra la eficacia o el valor de las dictaduras providenciales. No sólo se derrumba, una vez más, el mito de los jefes indiscutidos e infalibles, sino que se demuestra la falacia y la nocividad de los sistemas totalitarios. El fascismo ha fracasado precisamente en lo que ha proclamado piedra angular de su doctrina: la fuerza, el poderío militar. Ha fracasado ridiculamente en Italia y está fracasando también en Alemania, puesto que va siendo superado implacablemente por fuerzas superiores, que él mismo ha provocado.

El fracaso de Mussolini y la bancarrota del fascismo abre una amplia brecha en la muralla totalitaria y crea nuevas posibilidades para la recuperación de la libertad y el resurgimiento de la acción popular. La prueba más alentadora de ello, la ofrece precisamente el propio pueblo italiano. No se conocen —rige aún en la península una censura férrea— todas las manifestaciones de la reacción popular ante la caida del dictador. Pero lo que se sabe es suficiente para afirmar que ese pueblo está volviendo por sus fueros, que trata de afirmar su deseo de paz y libertad y que se ha liberado ya de todos los sofismas y trabas morales impuestas por el fascismo. En efecto, apenas conocida la dimisión impuesta de Mussolini, la masa popular se desbordó en todas las ciudades de la península, en olas de júbilo y en reafirmación de inalienables derechos. Los trabajadores italianos, reivindicando el arma proletaria de la huelga, la esgrimieron pidiendo el fin de la guerra y la liquidación total del régimen odiado. Los hombres y símbolos del fascismo fueron objeto de la justa indignación del pueblo, a quien durante largos años se había enseñado a venerarlos. Hasta los viejos himnos y las viejas consignas de los partidos de izquierda volvieron a resurgir, como una demostración más de que el fascismo no había logrado eliminar totalmente la oposición y el movimiento subterráneo de resistencia. Incluso la juventud universitaria, cuyo espíritu trató el fascismo de deformar y fanatizar en el más alto grado, ha manifestado su repudio contra el régimen corrompido y caduco. Todo esto significa que veinte años de propaganda intensiva y prensa dirigida, veinte años de falsa y deformadora educación, no han sido suficientes para envenenar totalmente los espíritus y extirpar las aspiraciones de libertad en el pueblo. Esa acción deletérea ha sido también efímera. Esas profundas aspiraciones, fruto de una larga evolución política, consubstanciales a la naturaleza de los pueblos, han sobrevivido al desborde dictatorial y ahora buscan nuevos cauces por donde manifestarse de un modo concreto.

Estamos apenas al principio de ese movimiento de recuperación hacia la libertad que auguramos. El pueblo italiano aun sufre el rigor de un poder arbitrario, empeñado en seguir el sangriento juego de la guerra. Las mismas fuerzas reaccionarias que han levantado y sostenido a Mussolini, han buscado otra figura como escudo de sus privilegios. Se harán todavía muchas tentativas de escamoteo de la voluntad popular, a medida que se produzcan los diversos cambios políticos que se esperan en la península. La plutocracia internacional tratará sin duda de imponer a sus hombres de confianza a fin de mantener el "orden" y la continuación de los privilegios sociales. El pueblo de Italia habrá de realizar aún grandes esfuerzos y sacrificios para conquistar realmente su libertad y para ello deberá contar con el apoyo y la solidaridad de los demás pueblos. Pero, ocurra lo que ocurra, hay una cosa evidente y alentadora: el fascismo, como ideología y sistema, ha fracasado definitivamente. La psicosis totalitaria habrá de desvanecerse. El porvenir del mundo depende del partido que logren obtener de esa realidad indiscutible, todos los hombres amantes de la libertad y del verdadero progreso social.

En lo que respecta a los países americanos, tenemos mucho que hacer en ese sentido. Verdad es que en estas tierras no ha cuajado ningún "duce", ningún "fuhrer" o "caudillo", al estilo de Mussolini, Hitler o Franco. Pero sobran los admiradores e imitadores vergonantes de esos dictadores y la psicosis totalitaria se halla más difundida aquí de lo que sería deseable. En nombre de un nacionalismo agresivo y anormal se reniega de las tradiciones de libertad y federalismo que han presidido el nacimiento a la independencia de estos pueblos y se pretende trasplantar aquí los métodos políticos centralistas y autoritarios que han fracasado estruendosamente en la vieja Europa. Nuestro deber inmediato consiste en resistir esas tentativas reaccionarias, poniendo en juego todas las energías sanas y constructivas, a fin de salvarnos de la afrenta y la abyección que ha significado en todas partes la ideología y el régimen del totalitarismo. Ideología y régimen, cuyo fracaso ha sido expresado en forma simbólica, por la caída vertical y desdorosa de Benito Mussolini.

Escribe A. DIAZ URRIETA

EL PRIMER PASO

hacia la nueva Europa

La caída de Mussolini es la consecuencia y no la causa del intenso fermento popular de las dos últimas semanas. La emigración antifascista sabe que la oposición del pueblo italiano al fascismo, abierta durante los primeros años, sorda y latente después, no cesó jamás. Llegado a un grado mínimo de intensidad en el período de las sanciones durante la guerra de Etiopía, conoció una repentina intensificación en 1936-37, cuando los hombres libres del mundo veían en España el campo de batalla supremo entre la libertad creadora y el absolutismo totalitario, que ya tenía paralizada a media Europa. Si los pueblos de las naciones no fascistas hubieran comprendido a España y si se hubieran colocado en su mismo terreno (que no era nacional, sino ideológico, que no era el de la guerra, sino el de la revolución), si los gobiernos del mundo entero no hubieran apoyado directa o indirectamente a Franco, provocando en Italia un amargo escepticismo acerca del significado práctico de la palabra democracia, la caída del fascismo se hubiera probablemente producido en 1937. La no-intervención primero, Munich después, y, por fin, el pacto rusogermano, han sido factores preponderantes de la perduración del fascismo. No se pueden hacer reproches al pueblo italiano si, inerme, no ha combatido abiertamente en el interior contra una fuerza opresora, armada hasta los dientes, y continuamente apoyada por las más diversas complicidades extranjeras. Condición previa para el derrocamiento del fascismo era su derrota en el campo militar. Esta derrota del fascismo ha sido deseada conscientemente por el pueblo italiano, el cual hizo que se avecinara esgrimiendo la única de las armas posibles: la huelga. La huelga en los campos de batalla que comenzó en Grecia y que comenzó —por los menos se evidenciaron sus primeros síntomas— aun antes que los griegos reaccionaran contra la invasión. Cuando los italianos han combatido lo han hecho por el orgullo que despertó en ellos la inhábil propaganda de los periodistas y de los locutores radiales del campo "adverso". Sólo la huelga militar ha per-

Escribe LUCE FABBRI

mitido en segundo término que se produjeran algunas huelgas industriales realizadas por los civiles.

En estos últimos meses la atmósfera se iba haciendo netamente revolucionaria. Quien conoce el ambiente italiano sabe lo que quiere decir que Farinacci recomendara a los fascistas "no tener miedo de llevar el distintivo" (en un artículo publicado en "Regime Fascista" hace ya bastante tiempo), o que el "squadrista" Scorza, como secretario del Partido Nacional Fascista, pronunciara un discurso del cual el Duce y el fascismo se hallaban casi completamente ausentes. Informaciones llegadas privadamente desde Grenoble, y que se remontan a algunos meses, dicen que la actitud de las tropas italianas de ocupación cambiaba rápidamente, "como si se esperaran grandes acontecimientos". Ni la invasión de Sicilia, a cuyo éxito por otra parte ha contribuído en forma decisiva el soldado italiano al rehusarse a combatir, ni el bombardeo de Roma fueron por lo tanto factores determinantes en el cambio de la situación italiana, sino que han contribuído a dar el último empellón a un movimiento de revuelta que la monarquía sabauda y los dirigentes militares tratan ahora de dominar para salvar cuanto pueden de la situación anterior.

La caída del régimen mussoliniano no es fenómeno puramente italiano: es el primer acto de la revolución antifascista europea. — Ha debilitado a Hitler no tanto en el exterior, desde un punto de vista militar, como lo ha debilitado internamente, desde el punto de vista político. El pueblo italiano ha obtenido en su guerra iniciada en 1918, una victoria decisiva. Todo un sistema ha caído: el sistema que a las clases dirigentes de todo el mundo pareció en 1921-1922 la única salvación del privilegio, amenazado desde abajo por las fuerzas populares. La desaparición de Mussolini es el primer síntoma claro de la derrota del fascismo en el mundo. Si Hitler y su régimen y las fuerzas que los apoyan conservaran aún su antigua vitalidad, no hubieran permitido *que se desplomara tan miserablemente el régimen fascista italiano. No se trata aquí de naciones ni de guerras entre naciones. Se trata de sistemas de organización social,* política y económica; se trata de modos distintos de concebir la vida, la moral y la sociedad. Mussolini e Hitler son jefes de partido mucho más que jefes de Estado. Por esto, luchar contra ellos y contra su partido, quiere decir luchar en todo el mundo contra los partidarios de su sistema, aun cuando éstos se hallen en el campo democrático. El pueblo italiano al lanzarse a las plazas no ha puesto sus reivindicaciones sobre el terreno nacional: ha pedido la libertad y se acordó de Matteotti, es decir, del socialismo. Y las repercusiones más inmediatas de los acontecimientos italianos han sido —si no se trata de pura coincidencia, lo cual sería muy extraño— las huelgas en Portugal contra la dictadura de Carmona, y el miedo de Franco que ha sentido temblar la tierra bajo sus pies. Si los periodistas de oficio no han comprendido y hablan de Víctor Manuel y de Badoglio como si ellos fueran Italia, los pueblos de Europa en cambio han comprendido muy bien. Ellos no se han olvidado. El fascismo italiano, el alemán y los otros menores no han surgido en contra de naciones determinadas, sino que fueron apoyados por las clases privilegiadas y por los gobiernos de casi todas las naciones del mundo; surgieron así porque los obreros ocupaban las fábricas y los campesinos tendían a ocupar las tierras. Los pueblos de Europa lo recuerdan y combaten al fascismo sobre un terreno social, el único en el cual puede ser derrotado realmente, sin que se corra el riesgo de que resurja bajo otras formas. No se trata de reeducar, rehabilitar o castigar a ningún pueblo. La responsabilidad del fascismo corresponde a ciertas castas y no a ciertas naciones. En la famosa "puñalada por la espalda" de la Francia vencida es mucho mayor la responsabilidad del "Comité des Forges" francés y de la alta banca internacional, sostenedores del fascismo desde los primeros a los últimos tiempos, que la del pueblo italiano, el cual al oponerse a la guerra, ha hecho todo cuanto podía hacer.

El pueblo alemán fué mucho más sojuzgado por el totalitarismo en el campo espiritual que el italiano. Pero ni siquiera en Alemania la terrible experiencia ha pasado en vano. Y ahora es muy difícil que Hitler pueda rehacerse de este último golpe —mucho más político que militar, repito—, que es al mismo tiempo un síntoma de la debilidad intrínseca de los regímenes totalitarios en este momento.

Los pueblos de Europa ya se han hermanado por la miseria, por el dolor y por la esclavitud; y hasta se han acercado materialmente por las deportaciones en masa, por las evacuaciones de las ciudades y de regiones enteras, por los cambios forzosos de mano de obra, por el hecho que las tropas de un país se ven obligadas a asegurar el orden —por cuenta del patrón nazi— en el país vecino. Los problemas son idénticos; la trágica experiencia es similar.

Por todo esto creo que sea hoy un error peligrosísimo y tal vez fatal el lanzar desde el exterior a Italia la consigna "alianza militar con Inglaterra, EE. UU. y Rusia en su guerra contra Alemania", consigna que pivota sobre el nacionalismo y separaría a los pueblos que pueden unirse contra el tirano común, impidiendo el contagio del entusiasmo de libertad que es hoy para el régimen imperante en Alemania el mayor y más directo peligro. El pueblo italiano ha hallado la consigna: "Fuera los fascistas y los nazistas". Este es el grito que puede derrotar a Hitler y salvar a Europa.

HACIA LA UNIDAD ADUANAL DE CENTRO Y SUR AMERICA

Tema de actualidad para escritores y periodistas en estos
tiempos de guerra es todo aquello que se relaciona con la uni-
dad de las Américas y los graves problemas que para sus in-
dustrias y su propia subsistencia confrontan estos pueblos. Sin
embargo, de entre esta fronda retórica superabundante, se des-
taca por su contenido medular y sentido práctico el trabajo ti-
tulado **"Estudio en apoyo de la unión aduanal iberoamericana"**,
del que es autor el notable economista, señorL. V. Abad, presi-
dente de la Sección Económica de la Sociedad Amigos del
País.

Ciertamente no es necesario especular largamente para sa-
car la conclusión de que un mundo nuevo surgirá a la liqui-
dación de este terrible conflicto bélico que está devastando el
mundo de hoy; pero, sin duda alguna también, lo que será
ese mundo con una nueva reagrupación de sus energías espi-
rituales y económicas y las directrices de explotación y apro-
vechamiento de las riquezas del suelo americano, dependerá
no solamente de la victoria de las naciones democráticas y la
consiguiente anulación del totalitarismo, sino también de cómo
las naciones del hemisferio occidental, y, particularmente los
pueblos latinoamericanos, quisieron y supieron aprovechar de
las favorables coyunturas de esta conmoción para una reedifi-
cación básica de su estructura hacia esa tan preconizada como
muy poco concretada en hechos, unidad material y espiritual
de las Américas.

Aparte de las convincentes razones, en apoyo de su tesis,
expuestas por el economista señor Abad en su folleto constante
de cien páginas e ilustrado con abundantes cuadros estadísti-
cos acerca de los volúmenes de importación y exportación en-
tre la Unión y los países latinoamericanos y los de estos últi-
mos entre sí, es preciso reconocer también que la guerra mun-
dial, con todos sus terribles efectos destructivos, está al
mismo tiempo ofreciendo una máxima oportunidad a nues-
tros pueblos para una profunda y beneficiosa revisión de sus
valores económicos.

Pocos instantes, quizás ninguno desde que los pueblos ibero-
americanos se organizaron en Estados independientes y demo-
cráticos, más decisivos que los de hoy **para el logro de un
mejor entendimiento. A estas horas no hay país alguno del**
hemisferio occidental que no se encuentre profundamente afec-
tado en su economía por las crecientes dificultades en el
transporte marítimo; paralización de industrias y amenaza de
paralización de las que quedan en pie, pues cuando no es la
carestía de combustible es falta de materias primas, y si uno
y otro problema se resuelven favorablemente se presenta el
de la inexistencia de repuestos para las maquinarias.

Pero son estas mismas difíciles circunstancias las que esti-
mulan —o deben estimular— reacciones favorables en busca
de soluciones propias —producto de nuestras iniciativas y de
nuestros recursos— para eludir la caída de la economía na-
cional a bajos niveles de miseria. A falta de barcos la opi-
nión pública, orientada por la prensa, responde con un enér-
gico clamor en pro del aprovechamiento de cuanto barco, ve-
lero y lanchón exista en los litorales, como medida provisional
y previa a la creación de una marina mercante nacional y a
la forja de marinos en escuelas navales especialmente crea-
das con este objeto. Al cierre de los mercados de Europa con-
trolados casi en su totalidad por las potencias enemigas, y a
las restricciones drásticas de importación impuestas por los
Estados Unidos a los productos calificados como esenciales, se
impone como medida salvadora para el futuro y, por lo menos,
para aliviar lo grave de la situación en el presente, el sentar
las bases de la Unión Aduanal Iberoamericana, tema del va-
lioso estudio del economista cubano señor L. V. Abad.

Estos conceptos se pueden reducir a hechos: los mejores
productos de exportación cubanos, aparte del azúcar, como el
tabaco y los licores, tienen un mercado reducido en Centro
y Sur América; los tejidos de México y Guatemala que riva-
lizan con los del Medio Oriente por el arte del dibujo y la
viveza del colorido son poco menos que desconocidos en Chile
y la Argentina; a su vez los exquisitos vinos chilenos; las
manufacturas preciosistas del Ecuador y el Perú; los som-
breros "montecristi" o "jipijapa" mundial aunque erróneamente
conocidos por "panamá" tendrían amplio campo de expan-
sión si desaparecieran los aranceles de aduana entre los
países iberoamericanos; hecho que, a su vez, traería consigo
en buena lógica, aquella decantada fraternidad de los países
del hemisferio occidental; pues una mayor compenetración
económica, social y política entre los pueblos americanos
garantizaría un armónico equilibrio de fuerzas económicas y
espirituales con la grande y poderosamente industrializada
nación de los Estados Unidos del Norte.

Ciertamente que un proyecto de esta magnitud exige una
previa revisión fundamental del sistema de intercambio comer-
cial vigente, así como también un reajuste básico en el sistema
de tributación de cada país. Los ingresos de aduana por con-
cepto de dicho intercambio comercial entre nuestros países,
sin alcanzar remotamente **los volúmenes de importación y**
exportación con la Unión, **ni con los que existían hasta antes**
de la guerra con Europa, pesan en el balance anual de sus
presupuestos fiscales respectivos. Sin embargo, según anota
el economista Abad, es posible avanzar paulatinamente hacia
la unión aduanal mediante delegaciones de un Comité Central,
establecidas con carácter permanente en las capitales latino-
americanas. Estos organismos, en contacto con la realidad
industrial y financiera de cada país, se encargarían de allanar
dificultades y concertar tratados comerciales que sirvieran de
puente para alcanzar la unidad aduanal del continente.

Pero el destino de esta América nuestra no depende sola-
mente de felices proyectos de técnicos especializados, ni sólo
de la buena voluntad de gobernantes y diplomáticos; hace
falta que ese sentimiento de solidaridad latinoamericana enraí-
ce en la emoción y en la voluntad de las masas populares.
Sin embargo, también los estragos de la guerra y sus conse-
cuencias en lo económico están cooperando en la forja de ese
sentimiento de fraternidad americana continental, fuera de lo
convencional y de lo retórico.

He aquí, como ejemplo, una interesante carta escrita por un
trabajador venezolano, señor León V. Márquez, jefe del De-
partamento de Labor de la Compañía New Goldfields of
Venezuela Ltd., en la Guayana Venezolana. En esta carta diri-
gida al mundo industrial de Centro y Sur América, se expone
en trazos vivos y patéticos el conflicto que confronta la mencio-
nada Compañía minera de tener que cerrar las minas por falta
de material de repuestos para el funcionamiento de las maqui-
narias.

Si bien la magnitud del posible desastre en cuanto afecta a
cinco mil familias que integran esas localidades, hace honda-
mente patético el drama, éste no es distinto en sí al que con-
frontan innumerables industrias de Cuba, la América Central
y en general de toda la América Hispana. Es también muy
problemático que el llamamiento del Jefe del Departamento de
Labor de la New Goldfields of Venezuela encuentre, aparte
de una comprensión moral, la ayuda de orden práctico que él
espera; pues el conflicto que perturba la evolución económica
de aquella empresa minera es exactamente igual al que pertur-
ba y acosa a las industrias similares de casi todo el mundo.
Sin embargo, esta carta tiene importancia en cuanto trasciende
de un simple llamamiento de ayuda a una apelación al senti-
miento de solidaridad latente en los profundos instintos colec-
tivos. Uno de sus párrafos dice así: "La adquisición de repuestos
para la maquinaria de las minas haría posible la continuación
de las labores de explotación aurífera; significaría la salvación
de dos poblaciones abocadas a una tragedia económica; trage-
dia que ocurre en un país hermano y que, por su magnitud,
merece atención, aun cuando carezca de la emoción espectacu-
lar de los bombardeos en masa o los avances de las homicidas
legiones nazis... Los mineros de la Guayana Venezolana soli-
citamos y esperamos de nuestros hermanos de Centro, Sur
América y las Antillas direcciones, sugerencias y cualquier
noticia que pueda ayudarnos a resolver nuestro pobrema y
evitar así el cierre de las minas auríferas con el consiguiente
desbande —igual que fugitivos de un país invadido por Hitler—
de las poblaciones "El Perú" y "El Callao", compuestas exclu-
sivamente de obreros y empleados de las minas y sus
familiares...".

Juzgada fríamente por un hombre de negocios esta apelación
podría considerarse romántica y nada práctica; pero, quizás,
si lo fuera, carecería de ese ingenuo sentido americanista; de
esa conciencia de solidaridad tan buscada, y que se insinúa
ya bajo el acicate de un peligro de destrucción derivado de la
guerra y la agresión totalitaria; peligro del que no está eximido
ningún país de América, por muy alejado que se encuentre
geográficamente de los frentes de batalla.

(DESDE CUBA)

Por GERARDO GALLEGOS

NOTAS AMERICANAS

UNA Frente a la costa americana, batida por los vientos marinos que se encuentran con los de tierra, hace su aparición la carabela española. A la imaginación del navegante que ha contado sus noches de mar en la impaciencia del hallazgo, que ha angustiado su corazón en la ruta audaz del descubrimiento, la costa nueva aparece con sus verdes húmedos y sus hombres distintos como la buscada y presentida India de Oriente a la que se llega en la aventura de doblar la tierra redonda. América no es América todavía. El navegante que llega a ella por vez primera morirá pensándola y suponiéndola ribera de la India buscada. No presiente el europeo al Nuevo Mundo. ¿Nuevo? La nomenclatura geográfica y la clasificación histórica lo querrán así. Pero en sus interiores ese continente del asombro que irá librando batalla en la conciencia del europeo para ser considerado definitivamente como cosa distinta a las Indias orientales, posee sus antigüedades, sus fechas remotas, los testimonios de lejanos procesos. Es dueño de civilizaciones, de culturas, de hombres que han desarrollado aptitudes e instintos, disciplinas y técnicas. Ha tenido amaneceres, mediodías y también ocasos. Exaltaciones y agonías. Es, precisamente, la hora del ocaso, la de la agonía, en el continente que muestra sus costas numerosas de secretos, a la carabela, cuando España llega primero más aventurera que empresaria, después más empresaria que aventurera.

Mueren los mundos propios del continente descubierto al tiempo que el europeo descubridor se está internando en él. Se apagan los esplendores de los antiguos imperios y se encienden en pleitos sus núcleos. La sociedad incásica y la sociedad azteca se escinden. La unidad de los períodos industriosos se pierde en la riña, en el conflicto, en la escisión. Las guerras civiles apresuran la desintegración, formulan la decadencia de los estados y las civilizaciones que en fechas sin localización certera han levantado las manos hábiles y la imaginación poderosa del nativo. Acaso hay distancias de 20.000 años entre la aurora de esos mundos hasta su trágica desintegración. Más allá de la civilización de la montaña, desarrolló sus ciclos la civilización de la selva. ¿Otros 20.000 años? No era nuevo el continente. Envejecía. Y envejecía de vejeces pobladas de tiempos infinitos, de densas fatigas, de trayectos cumplidos y agonizantes.

El español llega a la agonía de los mundos propios del continente. Los sorprende en la etapa senil de su sociabilidad, al tiempo en que se clausuran sus estados, en que sus civilizaciones se liquidan. Los conflictos del nativo trazarán los caminos que habrá de recorrer triunfal el conquistador, no más triunfal por la violencia de sus aceros que por la falta de un frente común en los atacados. Malitzin se ha pasado a Cortés con su amor de india. Los aztecas dirimen entre ellos. Riñen entre ellos los incas. "Y como Don Francisco Piçarro supo de —refirió Pedro Sarmiento de Gamboa, aventurero maravilloso y cronista injusto en su relación a Felipe II— las diferencias, que había entre Atahualpa y Guascar y que Guascar era preso por los capitanes de Atahualpa". El español se abre paso entre los pleitos.

Las grandes civilizaciones pre-colombinas se desintegran. Antenor Orrego, escribe en "El Pueblo-Continente", (pág. 32): "Si algo ha evidenciado la Conquista con carácter axiomático, es que el indio había llegado a un estado de decadencia perfectamente diagnosticable, y que, a la llegada de los españoles, sólo vivía y se nutría, espiritualmente, de su grandeza pasada. El indio se había hecho, por su falta de flexibilidad, por su cristalización síquica, por la rigidez de sus medios expresivos, un instrumento inadecuado de evolución y progreso. Lo prueba el hecho de que la estructura de los inmensos imperios incaico y azteca se rompiera en mil pedazos, como un vidrio frágil, a los primeros impactos de una cultura extraña. Lo que queda hoy para la admiración maravillada de la ciencia arqueológica fué creado muchos siglos atrás por civilizaciones anteriores, de las cuales eran un mero reflejo, debilitado, amortiguado y decadente, los imperios que sojuzgaron los europeos".

Para el europeo, entonces comenzaba América. Mientras el conquistador la iba tomando, y la soldadesca imponía sus armas, el fraile su cruz y el funcionario sus fueros coloniales, iba naciendo América. La conquista era su acta de bautismo. El conquistador no mira hacia los pasados del continente. La conquista conoce un solo tiempo. El de su ansia, el de su negocio. Europa desconoció las posibles edades de ese continente. Comenzaba en el momento en que ella tomaba conocimiento de él. Y América saltó de su propia historia a la edad moderna de la historia de Europa.

En vano había vivido sus siglos, sus civilizaciones, sus procesos.



DOS El europeo que creyó plana a la tierra como la palma de su mano y no le supuso dimensiones inéditas tras costas lejanas, reduce la historia a su egoísta visión inmediata. La historia que sabe él es la mínima hecha por los hombres. Sin embargo, él da e impone sus clasificaciones. Un día, la nave de Elcano le ha advertido que la tierra no es la palma plana de la mano, sino como la mano que se cierra, como el puño, pero él no rectificará sus clasificaciones, las de su error, América ha entrado a vivir en la historia del mundo en la edad moderna, a pesar de tener América su propia historia. Si aquellas tierras que han sido halladas por los navegantes serán colonias que paguen tributos al poder metropolitano europeo, su historia será tributaria de la historia europea.

En las realidades americanas, las clasificaciones parciales de la visión histórica del europeo devendrán en contradicciones. Federico Engels estudia el origen de la familia, de la propiedad privada y del Estado. El compañero de Carlos Marx se vale de la clasificación de Morgan y supone que los tres estados —salvajismo, barbarie, civilización— se cumplen rigurosamente en nuestros pueblos. Cae Engels en error que Haya de la Torre rectifica. "En Indoamérica —dice el peruano— sobreviven los tres estados que Engels adopta de la división de Morgan". ("El Ant. y el Apra", pág. 173). Agrega: "El volumen proporcional de representación demográfica de esas etapas en cualquier otro continente, no alcanza en Indoamérica el equilibrio y los violentos contrastes que descubrimos en ella". (pág. 174). Y: "Cada país —Haya de la Torre cita a Ecuador, Brasil, México, Perú, Colombia y Paraguay— nos ofrecerán dentro de sus fronteras un completo y vivo cuadro de la evolución de la sociedad humana a través de las edades". (La misma página).

En su "Ensayo Político sobre la Nueva España" el alemán Humbold había advertido ya que el francés Talleyrand había escrito en su "Ensayo sobre las nuevas colonias": "En América septentrional el viajero que sale de una ciudad principal, en que el estado social está en su perfección, va encontrando sucesivamente todos los grados de civilización e industria; y los ve ir siempre a menos, hasta que en muy pocos días llega a la choza informe y grosera, construída con troncos de árboles recién cortados. Un viaje semejante es una especie de análisis práctico del origen de los pueblos y estados. Se parte desde el conjunto más complicado, y se llega a los datos más sencillos; se viaja hacia atrás en la historia de los progresos del talento humano; y se vuelve a encontrar en la extensión del terreno lo que ha producido la serie de los siglos".

Que es: simultaneidad de las edades históricas en América y caducidad ante esas realidades distintas de las clasificaciones europeas.

En las historias del movimiento socialista —tomo en ejemplo la difundida "Historia del socialismo y de las luchas de clases" de Max Beer— no se incurre en revolución ninguna, frente a las clasificaciones oficiales de la historia, para historiar a la revolución. Acatamiento a las clasificaciones vigentes para hacer crónica de insurrecciones, de formulaciones insurreccionales y de las luchas entre poseedores y desposeídos. Ni una página consagra al comunismo agrario de los incas ni a las clases en lucha en la América colonial. El hecho no es de parcial significación aun cuando viene del campo socialista. Como socialista tiene su explicación. Del justo reproche no debe hacerse objetivo único al olvidadizo o desinteresado autor. Su olvido y su desinterés son consecuencia y reflejo de la insistente localización europea del socialismo moderno. Europea es su fundamentación industrial y europeas creen a sus posibilidades. En nombre del exclusivismo industrial. Ferri, socialista italiano, negaría razón de ser, justificación y destino al socialismo en la Argentina. El socialista francés se lo negaba, alentando el interés metropolitano de su propio explotador, al senegal. El de Londres, por lo mismo, al hindú. Podríamos pensar que la tierra para ellos seguía siendo plana como la palma de la mano, si no diéramos con otra causa, la que hacía imposible las solidaridades. El bajo salario servil del senegal y del hindú —y del americano—, es decir, del trabajador colonial, hará posible el salario mejor para el obrero industrial de Francia e Inglaterra, —después de Estados Unidos—. Serán las miserias del colonial posibilidad para mejorar el standard de vida de las clases obreras metropolitanas.

Esa limitada visión de europeos —y egoísta al par— no permitiría alterar las clasificaciones establecidas. Sólo una visión universal permitiría esas modificaciones, el ajustamiento del método a las verdades. El socialista que escribía la historia del socialismo no la tenía. ¿La tenía el socialismo *internacionalista?*

"Estas escuelas de transformación —escribió Waldo Frank, en "Rumbos para América" (pág. 61)— se fundaban sobre los mismos valores y métodos básicos que los propios conservadores de esa edad moderna, a quienes ellos aspiraban a superar".

DARDO CUNEO

LA UNIDAD DE AMERICA

La idea de unidad continental en los pueblos americanos es moderna. Tal aspecto fundamental no existe ni en la época de la conquista ni en la era precolombiana.

En ésta encontramos dos grandes conglomerados de pueblos aborígenes, uno en el norte: América Central y México, aztecas, abarcando la herencia de las antiguas civilizaciones mayas y mayas quechè[1] y otro en el Perú, con su capital en Cuzco bajo la égida de los Incas, pero ninguna de ambas abarcó en su conjunto al continente. Tampoco se puede hablar de unidad durante los siglos de conquista; en estos tiempos existió una unidad de imperio, poder, soberanía sobre América, pero no una unidad ni en sus pueblos ni entre sus hombres. Son las guerras y luchas por la independencia las que dan nacimiento urgente a la idea de unión, a los principios unitarios. Por otra parte, todas las revoluciones partieron de localidades, cabildos, comunas; fueron locales, pero su sentido se extendió hacia el continente entero trasmitiendo y contagiando la generosidad unitaria.

En el núcleo central histórico de la independencia se corporiza el ideal y los esfuerzos unitarios.

Las ideas de unidad no tienen por esos años enemigos serios; todos son propulsores entusiastas y en primera línea nuestros grandes hombres. Los pueblos la aceptan y predican. Es gratamente pintoresco observar que en la primera Constitución de Entre Ríos figura un artículo por el que un hombre nacido en cualquier parte de América, por el sólo hecho de pisar tierra entrerriana queda convertido en ciudadano de la provincia. Iniciativa laudable que no fué igualada por las naciones civilizadas actuales.

Tal sentido se explica por cuanto, si se observa bien, en las luchas de Chile y Perú intervinieron argentinos, bolivianos, chilenos, venezolanos, orientales, colombianos, etc. Los pueblos se mezclaron para dar unidad a los más altos ideales.

Consideramos a esta época ya histórica de nuestras guerras civiles como la enunciación clara de una voluntad de unión, por parte de todos los pueblos. La unidad fué verdaderamente popular y su mayor expresión encuéntrase en la vida de los hombres, en la libertad de ir de un punto a otro, que nunca después hemos gozado, y en la afectuosidad solidaria de unos hacia otros.

Muchas veces he reflexionado, preguntándome por qué razones en esos años no pudo llegarse a una unión aún de naciones. Sabemos que Bolívar convocó a un Congreso en Panamá, instalado en junio de 1826, cuyo artículo primero fué un tratado de unión y confederación perpetua entre los cuatro estados principales y al cual podrían adherirse cuando lo quisieran las demás naciones americanas. Se aprobó la realización de otro congreso en Tacubaya, Méjico, que no se realizó jamás.

San Martín también trabajó afirmativamente por una unidad. ¿Por qué no se llegó a la unión? La culpa no fué de los pueblos, ni de las distancias, ni por causas geográficas. Los historiadores han guardado un discreto silencio. No se realizó dicha federación por las instituciones políticas ofrecidas a los pueblos, para solucionar el problema fundamental de la unión, pues un caudillo de los ya nombrados propuso el establecimiento de una monarquía con un príncipe español a la cabeza. El otro era partidario de una república centralizada con una sola capital y un presidente vitalicio. Con semejante sistema habría de fracasar cualquier idea, no por los jefes, sino felizmente por los pueblos. Estos, que acababan de libertarse de la monarquía española al precio de tanta sangre y cruentos sacrificios, no podían aceptar un monarca; para ello no se había hecho la Revolución, pues cuando pedían los pueblos era libertad y liquidación del sistema colonial; tampoco iban a cargar con presidentes vitalicios, fácilmente transformables en dictadores con más poderes que un monarca constitucional.

Por otra parte, la tradición conserva y la investigación confirma la amplitud idealista de estos dos grandes hombres: siempre que hablaban de la patria lo hacían refiriéndose al vasto continente; a ellos no les atacó la posterior limitación nacionalista, exótica en América...

La historia como unidad

América, habitada por indios, fué colonizada por cuatro corrientes principales: ingleses y franceses en el norte, y españoles y portugueses en el sur. Como se comprueba, una tarea emprendida por varios pueblos, es decir, internacional. Después cobijó a todos los hombres del mundo que vinieron a trabajar. Millones de ellos llegaron a estas tierras, levantaron ciudades, edificaron comunas, cultivaron los campos, explotaron bosques y montañas, dando una expresión estupenda, creadora en pocos siglos, del mayor milagro de todos los tiempos: América, continente nuevo.

Para los hombres del 1800 más cerca de la conquista, la diversidad original se transformó en la más brillante unidad actual, pues ya el pueblo americano se había contexturado, e iba a probar su temple en una lucha que es su más brillante acción por ser de emancipación, conciencia y libertad.

Hoy siguiendo la gran línea de un mismo origen ineludible, se unen los hombres, se juntan los idiomas y tiende a estructurarse la gran unidad querida por los trabajadores, la inteligencia, en una de las encrucijadas más aviesas de la edad moderna.

Este paso magnífico de la heterogeneidad difusa a la homogeneidad superior, es la más extraordinaria realización del gran humanismo que Europa contemporánea perdió a través de la inquisición del capitalismo y de la concentración en estados imperiales. América se presenta como síntesis de presente y futuro para todos los hombres solidarios con otros hombres, que no quieren explotar a nadie. Representa una constitución nueva, individual, y de las sociedades humanas que los jefes antiguos y un poco los políticos actuales no pueden comprender del todo, pero que los jóvenes y trabajadores de todas las clases, entienden rápidamente, pues está en la flor de sus sentimientos y en sus expresiones vitales. Habremos de darle forma política y económica a tal sentido y aspiraciones populares. Frente a una conciencia unitaria superior a toda clase de vallas, nos toca, es un deber de esta generación, crear los vehículos institucionales que encuadren lo más ampliamente el deseo y el destino multitudinarios.

URGENCIA DE LA UNIDAD

Aunque el pueblo americano estaba formado a fines del siglo XVII, la idea unitaria empieza a tomar las formas consistentes de sociedad continental a mediados del siglo XVIII; en ese entonces existe una americanidad (en oposición a la europeidad) contraria a leyes e instituciones extrañas, poder de sujeción, divisiones odiosas y explotación. Al acelerarse el proceso múltiple de la independencia toma cuerpo el ideal de unidad en poderoso impulso instintivo de fuerza arrolladora. En América latina comprendieron las masas que la tarea de emancipación no podía llevarse a cabo sin ese espíritu de unión, de grandiosidad, frente al cual la vida del hombre podía inmolarse magnífica y heroica. La emancipación política de las colonias españolas tiene el sello unitario no sólo por su literatura o los proyectos de levantamientos continentales como el de Miranda, sino también por la misma lucha, médula ordenadora y dinámica.

La unión se hizo en las conciencias. Lo local sólo sirvió como vehículo para lo total, para todo el hemisferio. La lucha fué continental, como lo fuera el mismo triunfo. Sólo que al llegar la hora reconstructiva, apareció la herencia de la vieja Europa, herencia bélica de Estados y naciones de quienes en América seguían esa línea tortuosa del pasado, y el ideal de unidad quedó solamente postergado, no perdido ni muerto, hasta que una nueva oportunidad histórica le asignara la misión consiguiente y ese momento llega con la aproximación de la guerra presente, que es una aceleración forzada del ritmo del mundo y de nuestro continente, por consecuencia.

Si en el siglo XIX el peligro fué el poder de los Estados europeos, en el siglo XX no hay variación fundamental, salvo en su agigantamiento. El poder es más fuerte; los pueblos más conscientes.

La urgencia de la defensa surge de la angustia y el temor de la guerra, pero esto no es cosa nueva; la penetración fué hecha al calor de la tolerancia y de la imitación de las dictaduras; la defensa, pues, se amplía; si pensamos que ha de ser puramente militar nos equivocamos de medio a medio; implica una defensa interna contra las posibilidades y condiciones que hacen viables las dictaduras de A o de B. De donde la unidad ha de surgir en lo interno y en función tan de oposición a cuanto los pueblos perciban que es apertura o puerta abierta para la elaboración del totalitarismo, tan importante como el despotismo autóctono o más importante acaso.

La unidad interna de cada pueblo, de todos los pueblos, es primaria labor. Hemos de trabajar por ella, sin descanso; tal vez la otra, la externa, venga rápidamente, pues es su hija.

La unidad en lo económico, que ya trataremos, es imposible, como hemos de ver, si se acepta el régimen político que precisamente nos dividió e hizo factible la penetración imperial. Toda unidad interna implica la liquidación del capitalismo de las distintas naciones como poderío, sin el cual los imperialismos, aun en el caso de triunfar y seguir las antiguas líneas de infiltración, no lograrán ningún éxito. Si los imperios han penetrado, es porque les permitimos entrar y desarrollar sus planes para saquearnos; ellos encontraron acá sus aliados; no en el pueblo, por supuesto. Sin la aprobación interna no hubieran podido explotar a los diversos países americanos, inclusive Norte América.

La unidad interna es base esencial, a través de la conciencia de lucha por dicha unidad.

Hasta la defensa común no la podremos hacer, en caso necesario, sino desde adentro. Sólo en ese camino seremos invulnerables, pues no estamos en condiciones de hacer la defensa externa fuera de nuestro territorio.

Tampoco creo que específicamente necesitemos hacernos fuertes, por cuanto esto significa seguir el mismo camino armamentista de Europa, con los elementos bélicos provenientes del Norte o de la misma Europa, y éste será el principal peligro para América. Nuestra única fortaleza provendrá de la unión y de la voluntad de todos los pueblos en luchar por esta unión. Sólo así seremos invencibles. El armamentismo beneficiará a las clases directoras. Las dictaduras en América siempre se han sostenido en el militarismo, en el poder militar usado para mantener a los pueblos en la degradación de la esclavitud económica.

Bajo qué signo se hará

En primera línea una unidad por nosotros mismos. El hombre, los pueblos, por América, que es cuanto Europa no pudo realizar. Luego contra lo episódico en la historia, el totalitarismo y los imperialismos, unos peores que otros, pero formando todos una unidad inseparable.

Todos los fenómenos estructurales de la unidad se desarrollarán internamente. De no abandonar las arcaicas estructuras estables no habrá siquiera posibilidades de unión o alianzas efectivas, pues siempre resultarán inestables y peligrosas. No es sólo sobre la economía que puede desarrollarse la unión, sino principalmente sobre la libertad política. En el pasado siglo la unidad se intentó realizar cuando cayó el Estado español, cuando no existió más la esclavitud política.

Falla la acción unitaria a pesar de los grandes espíritus y de las esperanzas criollas, por cuanto se intentó reconstruir lo mismo anteriormente abandonado; fué entonces cuando los caudillos, que evidentemente representaban a sus pueblos, se sublevaron levantando la bandera del localismo, del federalismo, pero no en nombre de ninguna soberanía, sino en el de los múltiples y variados núcleos de masas, comunas, regiones y provincias, que desde entonces se hicieron más importantes y adquirieron personalidad ineludible.

Fué el retorno al poder, a un gran poder, cuanto dificultó la unión americana que pudo realizarse ya a mediados del pasado siglo.

No se puede retornar impunemente a lo antiguo. Es imposible creer en los beneficios de la constitución de un poder fuerte, que nos hará peligrosos en primer término para nosotros mismos y luego para los demás continentes o unidades mundiales.

LA SOBERANIA DE LOS ESTADOS COMO OBSTACULO DE UNION

Efectuar la unión por medio de los Estados soberanos, tipo de instituciones de todos los gobiernos americanos actuales, representa la mayor dificultad. Si los Estados no renuncian a su soberanía no es posible ninguna unión, alianza o pacto verdadero y de resultados viables. Si renuncian pierden indiscutiblemente autoridad, lo mismo en lo interno que en lo externo. La soberanía es o no es. Para mí no es más que un fuerte mito apoyado en la explotación y en la economía. Y la unión no podrá hacerse nunca por este sólo método, pues el Estado moderno es incapaz de renunciar a su propia naturaleza. Nació del Estado absoluto al cual le pusieron una Constitución, pero aun con ésta, sigue su implacable evolución. Es un organismo vivo en constante crecimiento y sólo le detiene la imposibilidad de su dominio u otra fuerza más poderosa; ha dejado de pertenecer a la colectividad, a la sociedad y se pertenece a sí mismo, tiene un fin, no en el individuo sino en sí mismo. Los Estados pequeños no tienen porvenir. Tal es la evolución última de los Estados totalitarios, y los otros, si es que se desarrollan, seguirán fatal y orgánicamente la misma evolución y ello es un peligro para la unidad de América.

El Estado significa un aparato poderoso desde cualquier aspecto. Este instrumento histórico y social también está unido a las características individuales de quien lo maneje (con su partido, camarilla o burocracia). Si es un temperamento pacífico y bonachón como en general los presidentes franceses —o un ferviente demócrata como Franklin Delano Roosevelt—, el peligro está en latencia, pero si se coloca en la cabeza un tarado o un loco que se crea Napoleón I, queriendo repetir sus hazañas, o un neurótico con la idea persecutoria de ser el predestinado a constituir un gran imperio, o un delirante de grandezas; cuando esto pasa, la guerra, el terror y otros desastres son inevitables, tanto como el aspecto económico de clase[2].

Tendremos, pues, que optar entre una unión de Estados o una unión de pueblos con otras organizaciones o de organismos económicos; nosotros nos decidimos por cualquiera de las dos formas últimas.

A nadie en estos momentos se puede hacer creer que la soberanía nacional o estatal viene de la soberanía popular. Fuera de ser un error fundamental esta concepción, todo el mundo sabe cómo en nuestras repúblicas no sólo se desconoce la voluntad o deseos manifiestos del pueblo sino que ni se le consulta o tiene para nada en cuenta en todos los países, salvo una que otra democracia que ayer estuvo en la dictadura y mañana volverá a estarlo.

---

[1] Las civilizaciones americanas fueron en muchos aspectos superiores a su conquistadora occidental. La arquitectura, el arte, industrias, higiene general, literatura, música y su casi perfecto calendario astronómico —hoy propuesto por la Liga de las Naciones en reemplazo del actual—, de los aztecas, son más importantes que las cosas traídas por los españoles, que junto a un tipo avanzado de cultura, introdujeron la sífilis, viruela, tifoidea, etc., y la inquisición traída por los dominicanos.

[2] Es extraño que habiendo llegado la psiquiatría a tales adelantos no se haya impuesto a los candidatos para ocupar los puestos ejecutivos de los gobiernos los certificados de salud mental expedidos por psiquiatras especializados.

UAN LAZARTE

IDEAS PARA UNA RECONSTRUCCION

PAZ Y RECONSTRUCCION POSBELICA

Dr. Emilio Frugoni

Escritor, dirigente del Partido Socialista; una de las más recias personalidades del Uruguay.

1ª *¿Cuáles deben ser a su juicio las características principales de la reconstrucción posbélica? a) En el orden político:*

La estructuración política del mundo de mañana no puede ser sino la que conduzca más que a los Estados Unidos de Europa y de cada continente (que podría derivar con el tiempo hacia una contienda intercontinental, de pancontinentalismos rivales) a los Estados Unidos del Mundo.

A raíz de la guerra veremos resurgir las autonomías nacionales europeas arrasadas por la invasión nazifascista con su absorbente *Nuevo Orden;* pero nada habremos ganado para la futura paz mundial si no se encuentra la manera de solidarizarlas entre sí bajo lazos federativos reales de la más amplia y efectiva jurisdicción.

Sobre el destino del continente gravitarán de inmediato y de cerca dos grandes sistemas confederacionales: el Imperio Británico y la U. R. S. S., que se lo disputarán o se lo dividirán como zona de influencia, ya que no como tierra de conquista.

Entre ellas cabría formar una federación continental como elemento de equilibrio, y podría agregarse, por el lado de Gran Bretaña, la gran confederación americana del Norte. Pero, ¿puede pensarse en confederar en una sola constelación aparte naciones como Francia, Bélgica, Holanda, España, Italia, Alemania, los países nórdicos, Polonia, Checoeslovaquia, Yugoeslavia, Grecia, Turquía, dejando al margen las repúblicas soviéticas europeas que ya han caído dentro de una órbita política que las sustrae a todo sentido de auténtica autonomía nacional?

Si pudo ser posible en vísperas del estallido de la guerra y en los primeros meses de la misma, un imperio francobritánico, tal como lo propusiera Churchill, y Daladier lo aceptara, yo no creo que vuelva a hablarse de él. Y Francia resurgirá aparte con su imperio colonial intacto; y Holanda y Bélgica lo mismo.

Las nacionalidades resurgidas, y la existencia de numerosos países pequeños o medianos cuya soberanía no está en tela de juicio, dificultan las soluciones de acuerdo internacional y de convivencia pacífica a base de federaciones continentales.

Desde luego, la misma órbita de acción de naciones con dominios territoriales en diversos continentes quiebra las líneas de federaciones o confederaciones pancontinentales. Más fácil que llegar a una rectificación a fondo de los sistemas de posesiones coloniales, me parece construir una vasta asociación de todos los estados libres de la tierra con fines de vinculación y confraternización inquebrantable. Una sociedad de las naciones, claro está, pero con bases más firmes y seguras que la que se volvió inútil y paralítica ante la conspiración de quienes querían destruirla, y por no representar a los pueblos realmente sino a gobiernos desconectados de los pueblos. Ninguna de las grandes potencias ha de quedar fuera de esa nueva asociación. Ella ha de actuar como órgano de aplicación, unas veces, y de inspección otras veces, de los 8 puntos de la Carta del Atlántico.

Es indudable que surgirán algunas federaciones de estados en el continente europeo, pero el efecto de esas uniones regionales o continentales con relación a la paz futura será de muy cortos alcances favorables si no se los coordina dentro de ese otro gran sistema anfictiónico que garantice un mínimum de libertades políticas en cada nación, una real intervención del pueblo en los orígenes y en las fuentes del poder público, como prenda de seguridad contra tendencias belicosas, e imponga a todas el desarme bajo una vigilancia efectiva y con la posibilidad de sanciones reales para quienes intenten armarse.

Creo que mientras no se adopte el desarme universal quedará subsistente el peligro de nuevos conflictos armados. Y ha de ser asimismo necesario desarmar a los espíritus curándolos de las rivalidades y odios nacionalistas y raciales, que en el viejo mundo están por desgracia muy arraigados. Para ello habría que suprimir el sistema de las nacionalidades con su corolario nefasto de las minorías nacionales o étnicas, que todo lo complican, y adoptar para la estructuración jurídica de las naciones del viejo mundo el principio americano del *jus soli*, el derecho territorial, en sustitución del arcaico *jus sanguini*, el derecho de la sangre. Si la ciudadanía fuese cosa del territorio y no de la ascendencia ni de la raza, no habría que pensar, como ya están pensando algunos estadistas europeos, en proceder, aun después de la guerra, al trasplante de poblaciones enteras para la mejor distribución de los territorios entre los futuros estados.

E M I L I O   F R U G O N I

ENCUESTA MUNDIAL organizada por HOMBRE DE AMERICA

1° — *¿Cuáles deben ser a su juicio las caracteristicas principales de la reconstrucción posbélica?*

a) *En el orden político:* ¿Se mantendrá la actual estructura de división por naciones? ¿Se podrán constituir grandes uniones regionales y continentales? ¿Es el federalismo el sistema más adecuado de relación entre los pueblos? ¿Cuáles son las fallas más notorias de los regímenes democráticos que habrá que superar? ¿Cómo impedir que las naciones de mayores recursos o más industrializadas avasallen a los pueblos más pobremente dotados?

b) *En el orden económico:* ¿Cuál será el papel del capitalismo privado? ¿Es conveniente una centralización económica estatal? ¿Se podrá socializar la tierra y aplicar este sistema como solución a otros importantes problemas económicos? ¿Cómo contrarrestar a las fuerzas que pugnarán por hacer perdurar la expansión imperialista?

2° — *¿Qué contribución puede aportar América a la paz y la reconstrucción mundial?*

3° — *¿Cuáles son los medios más adecuados para hacer que predomine la voz y la opinión de los pueblos, evitando la repetición de los errores de la paz posterior a la pasada contienda?*

Respuestas publicadas en los números anteriores: Dardo Cúneo, Diego Abad de Santillán, Dr. Angel Ossorio, Dr. Andrés Townsend, Ing. Jacobo Maguid, Dr. Jorge F. Nicolai, Dr. Josermo M. Vacareza. Dr. Saúl Taborda.

Justino Cornejo

Intelectual y destacado militante socialista del Ecuador.

¿Cuáles deben ser, a su juicio, las características principales de la reconstrucción posbélica?

Sin que desaparezca completamente el concepto de nacionalidad, surgirán, en mi opinión, "patrias grandes" en Europa, en Asia, en América, continentes cuyos contornos políticos serán definidos mejor, a partir de la paz futura. Las relaciones, tan forzadas, entre Italia, Japón y Alemania durarán muchísimo menos que las establecidas entre Inglaterra, Rusia, China y los Estados Unidos, por obra de esta guerra, a cuyo término cada entidad continental se dedicará a su propia labor, con una nación por centro y guía.

Esto, desde luego, sin perjuicio de los sentimientos de interrelación entre todas las comunidades de pueblos, que serán mayores y más fuertes y sinceros que han sido hasta hoy. Nadie podrá decir, por cierto, si todos los núcleos de naciones imaginados van a regirse o no por unas mismas normas; si bien nadie piensa en la perdurabilidad del nazifascismo. Es posible que cada una de esas nuevas unidades se gobierne a su manera, independientemente del estatuto político de las demás.

Creo en la bondad del sistema democrático. Mas él, para salvarse de esta vorágine y seguir viviendo con el consenso de las gentes, tiene que superarse limpiándose de todas sus actuales impurezas. La fórmula, simple a la vez que fundamental, sería ésta: *menos libertad y más justicia, menos igualdad teórica y más posibilidades para los bien dotados, menos reglas en los códigos y más legalidad en los procedimientos, menos opresión económica y más ayuda al necesitado con aptitudes para producir y ennoblecer la vida.* Eso de que un solo individuo —digamos mejor un industrial o un comerciante— tenga manos libres para robar y matar a mil, diez mil, cien mil de sus semejantes, me parece lo más monstruoso del sistema que ahora gobierna a los seres racionales en la mayor parte de la tierra, y comparable solamente con aquella otra feroz anomalía consistente en quemar miles de toneladas de café en el Brasil y echar al agua miles de toneladas de trigo en los Estados Unidos, al mismo tiempo en que se mueren de inanición millones de hombres.

El peligro imperialista no desaparecerá mientras no dejemos de ser pueblos productores de materias primas únicamente, pueblos sin iniciativas, sin capitales ni arrestos para las grandes empresas. Tenemos, pues, que industrializarnos al máximo, aun cuando no dejo de comprender los peligros que lleva consigo esta medida. Es preciso renunciar al coloniaje en que hemos vivido hasta ahora, para lo cual se requiere cierta rectitud interna y cierto decoro internacional. Los gobernantes deben ser más nuestros padres que nuestros enemigos, menos deshonestos y más patriotas. El imperialismo prolifera allí en donde encuentra un clima propicio, y ese clima está no tanto en la naturaleza cuanto en las almas. Aun sin superar la etapa primitiva en que nos hallamos los más, no habrá tal peligro imperialista, si los hombres que nos gobiernan tienen más conciencia y menos apetito, más amor a su pueblo y menos complicidad con el crimen.

Con la guerra, América ya es un concepto claro y preciso. A su nombre hemos hablado y procedido en los años que van de esta hecatombe. La actitud de acechanza y recelo que hasta ayer caracterizó a estas naciones, se ha cambiado radicalmente: todos somos hermanos, hermanos en el ideal, en el trabajo, en la libertad, en la justicia, en la cultura, en la devoción por la paz. Esta unidad no debe destruirse, y, sobreviva o no la Liga de las Naciones con sede en Europa, tenemos que pensar en el establecimiento, aquí, de una Sociedad de Naciones de América, para lo cual no habrá más que vigorizar, legal y materialmente, a la Unión Panamericana.

La intervención del Estado, tras la dolorosa experiencia de esta hora, debe ser mayor en lo futuro. La irritante, la sublevadora desconsideración particular que ha tornado al mundo en un campo de batalla más o menos silenciosa pero dramática siempre, obliga a pensar en la ingerencia estatal en un grado mayor que hasta aquí ha existido. No creo que debamos, una vez pasada la tormenta, renunciar a la acción gubernativa sobre muchos, muchísimos aspectos de la vida. Muy al contrario: tenemos que buscar las formas de salvar al hombre, a los hombres, de las garras de la explotación. No hay, no puede haber derecho para que unos pocos se enriquezcan desproporcionadamente a costa de la miseria, el dolor y la agonía de muchos. ¡Al régimen liberal tenemos que recortarle las uñas!...

¿Que esto no es, en rigor, democracia?... ¡Claro!... ¡Qué va a serlo para quienes de este nobilísimo sistema no conocen otra faz que la económica, que les ha procurado riqueza, nombradía, consideración y poder!...

En muchos pueblos de América se vive, por desgracia, un régimen feudal: la tierra es de unos pocos señores, la mayoría de los cuales recibió su porción en herencia, sin esfuerzo de ninguna clase. Este feudalismo es, como puede suponerse, de raíz y apariencia coloniales. Y junto a esta casta privilegiada, a la cual, en puridad de verdad, muy poco deben estas naciones de cultura mestiza, miles, millones de hombres arrastran su pauperismo y su dolor, haciendo posible no solamente el mantenimiento de tiranías interiores, sino, y lo que es más grave aun, de tiranías exteriores de diverso género. La propiedad individual, si no ha de desaparecer por completo, debe estar rigurosamente limitada en bien de la comunidad, la cual podría, de esta manera, atender innumerables servicios públicos hoy lamentablemente descuidados. El resto del suelo y el subsuelo —para no hablar sino de esto— debe ser entregado, cooperativamente, a los demás hombres, para que, elevándose en lo económico, escalen otras cimas y puedan, así, engrandecer a estos países y al hemisferio occidental, que dejará de ser el continente de la esclavitud y la miseria para convertirse en el de la holgura, la libertad y la decencia, apetecidas por apetecibles. Tampoco el Estado, como tal, ha de ser terrateniente, latifundista, acaparador de las riquezas naturales y explotador de ellas en beneficio de minorías privilegiadas. ¡De ninguna manera! No fuerza sino sentido de responsabilidad, limpio y pujante, necesitamos para repeler todo brote imperialista en estos pueblos.

¿Qué contribución puede aportar América a la paz y la reconstrucción del mundo?

América puede dar —ya está dando— todo de sí, porque en lo material y en lo espiritual parece la síntesis del universo. Productos tiene, los más abundosos y variados; su raza, es la "raza cósmica" de que habló un día José Vasconcelos, estirpe henchida de promesas. Y si, como es natural, no hemos de excluir a los Estados Unidos, nuestra aportación ha de ser, además, de carácter político. Cien largos años de experiencia republicana en el Norte, con los mejores resultados, no son poca cosa. Esa experiencia la tiene también un pequeño gran pueblo del Sur, Uruguay, en vuelo ascendente a partir de las grandes reformas de José Batlle y Ordóñez, y la tiene México, además, desde el año memorable de 1910, en que se pone en marcha la revolución agraria.

América cuenta con su pujanza juvenil, su gran idealismo, su ningún prejuicio racial o religioso y su sencillez prometedora. No arriesgaría mucho si dijera yo que podemos, a partir de este momento histórico decisivo, proclamar nuestra completa autonomía. El Oriente fué el maestro excelso de Europa: Europa ha sido, hasta este momento, la dulce maestra de América. Mas, parece llegada la hora de que el mundo de Colón ocupe el sitio que el destino le tenía reservado. El nuevo ciclo histórico tendrá como eje a este

continente, o mucho me equivoco. Siquiera porque seremos los que menos habremos sufrido durante la conflagración mundial que nos ocupa, nuestra hegemonía parece indiscutible.

Tras del último estallido y sin renunciar a las elementales precauciones que son de rigor, abriremos nuestras puertas a los hombres y los capitales extranjeros, que aquí, capitales y hombres se mezclarán para mayor grandeza y gloria de unos y otros. No más aquel concepto de *minorías* y ni siquiera el de *colonias*: formaremos una sola familia, la *familia americana*, que hablará dos lenguas o tres, a lo sumo, desde Alaska hasta el Cabo de Hornos. Esta comunidad será el resultado de una amalgama inteligente y cordial que haga imposibles los celos, las rivalidades, los odios y las agresiones que han mancillado, dolorido y destrozado al viejo mundo. En todo caso, la sociedad de posguerra será, aquí, allá y en todas partes, lo que nosotros queremos que sea: un paraíso o un infierno, no por milagro de genios y taumaturgos, sino por obra de nuestras propias manos.

¿Cuáles son los medios más adecuados para hacer que predominen la voz y la opinión de los pueblos, evitando la repetición de los errores de la paz posterior a la pasada guerra?

Debemos comenzar por conquistar el derecho al uso de la palabra por parte de los individuos dentro de cada nación. Luego, el de cada nación, en el concierto universal. Me parece ridículo pugnar por que se escuche la opinión de un Estado, cuando los miembros de ese Estado no tienen la garantía esencial de la palabra.

Quiénes "erraron" en la pasada guerra y en qué consistió ese "error", habría que inquirir antes de responder a esta pregunta. Si los aliados, ¿en qué consistió ese error?... Hay quienes explican y hasta justifican, con una facilidad sospechosa, la actitud alemana por los "excesos" del Tratado de Versalles en lo que a Germania se refiere. Pero la verdad es que ni hubo tales excesos originariamente ni, luego, en la práctica, se preocuparon, las naciones encargadas de velar por su observancia, de hacerlo cumplir por la gran vencida del año 18. Ahora, para evitar la repetición de los efectos desastrosos que estamos padeciendo, hay que ser menos blandos con el agresor, menos condescendientes. ¡Hay que acabar con el nazismo y también con Nazilandia!

Pero esto no es todo: precisa, además, que volvamos la soberanía y la dignidad a aquellos pueblos que las han perdido por culpa de la guerra, y hay que tratar a todos por igual, con abstracción de su extensión territorial, del número de sus habitantes, de sus recursos económicos y, sobre todo, de sus máquinas de guerra... si es que las máquinas de guerra han de sobrevivir a esta etapa que se nos ocurre de superación humana. Si algún privilegio cupiere, sólo una razón lo explicaría: la mayor suma de sacrificio para lograr la victoria.

En la mesa redonda de posguerra habrán de sentarse todos, y a cada uno habrá de otorgársele su derecho, su justicia, pensando en que cualquier átomo de iniquidad y de torpeza acabará por determinar, invariablemente, otro conflicto de alcances mayores que el que ahora estamos soportando. Si, como lo ha dicho en repetidas ocasiones el vicepresidente de los EE. UU., el que ahora se inicia es "el siglo del hombre del pueblo", no olvidemos que el hombre del pueblo necesita alimentación, abrigo, vivienda y consideración en cantidad suficiente.

Que haya un sufragio libre tanto para las naciones cuanto para los ciudadanos, sin farsa, sin coacción, con profunda sinceridad y nobleza democráticas. El negro con iguales prerrogativas que el blanco, el pobre con los mismos derechos que el potentado, Bélgica junto a Rusia, China cerca de los Estados Unidos, Ecuador de bracero con Brasil o la Argentina, dispuestos todos, allá y aquí, a someter sin misericordia a los expansionistas que rompan por sistema la armonía del universo, y dispuestos también a frenar los excesos de casa adentro, tan funestos y reprensibles como los otros.

J U S T I N O   C O R N E J O

Dra. Paulina Luisi

Publicista y oradora uruguaya, de intensa acción feminista en su país y en Europa.

¿Cuáles deben ser los fundamentos de la organización preferible para la posguerra? — Se presentarán por solucionar problemas graves y complejos que deberán ser considerados desde dos puntos de vista: nacional e internacional.

Desde el campo internacional estimo necesario un entendimiento completo entre los pueblos.

La crisis económica que experimentamos los países de Sur América más de diez años después de la primera guerra mundial, fueron una consecuencia retardada de aquélla.

Después de esta guerra se apretará aún más el nudo gordiano de la distribución de las materias primas.

Porque es innegable que la causal de todas las guerras, más o menos disfrazada pero palpitante, es la posesión de las materias primas: lo demás es secundario.

Por lo tanto, toda la dedicación que se dará a este problema será poca para afianzar definitivamente la paz.

Una enorme Federación de Naciones, como pretendió serlo la Liga de Naciones, se impone.

Esta última ha sido un ensayo, el primer ensayo serio, de mutuo entendimiento que hicieron los pueblos para mantener la paz.

Ha fracasado seguramente a causa de grandes fallas y graves errores. Pero hay que reconocer que tuvo también sus grandes aciertos: la experiencia no ha sido inútil.

Un nuevo organismo habrá de reemplazar a aquel ensayo, aprovechando las lecciones que nos dió su efímera vida.

Los organismos anexos, como la Corte Internacional de Justicia, y la Organización Internacional del Trabajo deben subsistir, corregidos y perfeccionados.

La Sección Económica de la Sociedad de Naciones debería ser transformada en una organización que tomase a su cargo la distribución equitativa y proporcional de las materias primas y los abastecimientos alimenticios, organismo encargado de regular y controlar la producción mundial y su equitativa distribución.

La producción de implementos bélicos —nacionalizada en cada país, para impedir la supervivencia de "la Internacional de la muerte"— estaría igualmente sometida al control regulador de estas organizaciones internacionales.

Para realizar este programa, las Naciones Unidas deberán transformar el mundo en una Federación de Naciones establecida sobre bases rígidamente democráticas: la carencia de este requisito fundamental fué una de las grandes causas del fracaso de la Sociedad de Naciones.

Pero no debemos olvidar que dentro de cada hombre existe el ser primitivo y contra los brotes del "hombre salvaje" habrá que mantenerse *siempre alerta*.

Un medio para corregirlo en parte, es la educación democrática, pero es de acción a tan largo plazo, cuando tiene éxito, que sólo puede entrar en un programa de reconstrucción mundial y establecimiento de la paz, como *procedimiento que debe tenerse en cuenta, sobre el que se debe trabajar*, pero sobre el que *no se debe confiar* sino como apenas tal vez elemento de futuro. "Omo ominis lupo".

¿Debe darse preferencia a la cuestión social y contemplarse a fondo la situación económica de las clases trabajadoras? — No se puede disociar la cuestión económica de la cuestión social. Son las dos facetas del mismo problema.

El capital es trabajo acumulado.

Capital y trabajo son los miembros de una sola ecuación.

La incógnita por despejar es el procedimiento más acertado, más justo de establecer una sola unidad que llamaremos bienestar social, con la acertada combinación de ambos factores.

La regulación de la distribución de materias primas y de la producción exige como corolario, en el terreno nacional, una solución de la cuestión social y un estudio a fondo del problema económico de las clases trabajadoras y la distribución racional del trabajo.

Las irritantes e injustas desproporciones entre la situación de las clases capitalistas y las clases trabajadoras deben desaparecer.

Una bien estructurada democracia debe concluir definitivamente con los brutales contrastes que nos ofrecen actualmente *todas* las naciones del mundo: potentados repletos de riquezas y enormes cantidades de seres humanos carentes de lo más esencial.

Y sobre este problema de las clases trabajadoras, en los primeros tiempos de la posguerra, quiero llamar la atención para que sea estudiado y resuelto con mayor equidad el difícil problema de la desmovilización, a fin de que no se repita la injusta y desconsiderada conducta que observaron todas las naciones combatientes con respecto a las mujeres. Con ese motivo, presenté una proposición en la 1ª reunión del International Woman Council, verificada en 1920, que entiendo es necesario tener presente después de esta guerra, en la que las mujeres de los países combatientes han prestado su colaboración al igual que los hombres —hasta en los propios campos de batalla—, para mantener la vida de la nación.

La proposición es la siguiente:

"Dado el hecho que después de la desmovilización de los países beligerantes las mujeres que fueron empleadas en toda clase de trabajos, agrícolas, oficinas, industrias, servicios de guerra, al igual que los hombres, fueron lisa y llanamente despedidas de sus ocupaciones y empleos al terminar la contienda para colocar en ellos a los hombres desmovilizados; el "Council International of Women" estima que el despido de estas mujeres consagra una injusticia, al despojarlas de derechos adquiridos por su dedicación y trabajo, privándolas de los medios de vida que les son tan necesarios como a los hombres, por cuanto unos y otros, como seres humanos, tienen las mismas necesidades y los mismos deberes.

"Puede entenderse que hay dos categorías de personas que considerar:

"1° — Para las personas que han sido llamadas al trabajo como suplentes, el cese a la llegada de los titulares es regular, cualquiera sea el sexo de unos y otros.

"2° — Para las mujeres que han trabajado en empleos, industrias, etc., cargos que fueron llamadas a ocupar porque fueron creados o estaban vacantes, estima que el despido consagra una injusticia favoreciendo a un ser humano en detrimento de otro ser humano".

En la contienda actual han sido movilizadas millones de mujeres para todos los servicios, incluso los servicios bélicos.

Será necesario no olvidar este rendimiento que está dando la mujer.

La batalla se está ganando con el esfuerzo y sacrificio *de hombres y mujeres*.

En el movimiento de la reconstrucción del mundo, es necesario que esto sea recordado.

¿Cuál debe ser el papel de América, como fuerza conjunta, en la elección, organización y mantenimiento de esa nueva estructuración social e internacional? — América, como todas las Naciones Unidas, debe ir preparándose a afrontar todos los problemas de posguerra, a fin de resolver con verdadero sentido democrático las responsabilidades de la nueva estructuración social e internacional que vendrá, tarea tanto más necesaria cuanto que la solución de muchos importantes problemas sociales ya resueltos en otros países, tiene todavía muy precarias raíces en más de una de nuestras naciones latinoamericanas.

No sería difícil que se estableciese una gran corriente inmigratoria hacia América, provocada por el estado de miseria, hambre y odios que se acrecentarán aún más en los primeros períodos de la posguerra.

América debe estar preparada para abrir sus territorios a esta nueva corriente de hombres en busca de trabajo.

Pero, será importante colaboración de fraternal ayuda ésta que podrán ofrecer las naciones de nuestra América a los pueblos exhaustos y famélicos del viejo continente.

Desde el punto de vista político le corresponderá mantener los principios democráticos que fundamentan la estructuración de todas las naciones de nuestro Continente y colaborar al perfeccionamiento de las instituciones de todo orden, con la visual puesta en la *Democracia integral* que están muy distantes aun de haber realizado.

Esta tarea será tanto más importante cuanto que, destruído el totalitarismo nazifascista, habrá que cuidarse de dos grandes amenazas que la esperan: una ofensiva clerical para *reconquistar el poder temporal* que anhela la Santa Sede[1] —que comienza ya a tender sus redes—, y una ofensiva de infiltración comunista, sistema político *totalitario y por tanto antidemocrático*, que no ceja en sus esfuerzos de infiltración en nuestras democracias; tarea facilitada por la admiración y entusiasmo muy justo y merecido que nos inspira a todos el admirable heroísmo del pueblo ruso en la defensa de su territorio patrio, hoy invadido por su antiguo aliado de ayer para la agresión de Polonia que desencadenó esta espantosa guerra que abrasa al universo.

D R A.   P A U L I N A   L U I S I

[1] Ya el Sumo Pontífice ha declarado que la Iglesia debe tomar de nuevo la dirección de los asuntos políticos del mundo. Telegrama publicado en Montevideo.

L A   R E S P U E S T A   D E   M I   P A D R E

25 AÑOS ANTES: 1918-1943 Y
15 DESPUÉS DE SU MUERTE: 1928-1943[1]

. . . .

2° — Mi ideal constante ha sido una Federación Internacional Universal.

3° — Desde hace más de treinta años he soñado en la posibilidad de que todas las naciones lleguen a formar una vasta liga económica, donde en lugar de la oposición de intereses prevalga el principio de asociación.

Cada país se empeñaría en producir todo lo que le permitiese la naturaleza de su clima y de su suelo, dedicándose a la espcialidad de producción que le fuese más fácil mediante la ley de la división del trabajo.

De los productos excedentes de cada país un Comité Internacional tomaría recuento exacto y dirigiría el reparto según las necesidades de los diversos países.

Las compensaciones de esta forma de intercambio se calcularían por semestre o por año, de acuerdo con una tarifa precedentemente convenida y se establecerían sobre esta base los saldos acreedores y deudores de cada unidad productora.

Algo de eso existe entre los negociantes de diversos artículos, por ejemplo los cereales, y para el servicio mundial de correos existe una contabilidad internacional.

Arreglada la distribución de productos y las necesarias compensaciones sobre la base de un convenio universal, habría desaparecido la concurrencia hostil entre las naciones productoras y por ende quedarían suprimidas para siempre las causas de conflicto armado.

Queda subentendido que un Tribunal Internacional estaría encargado de dirimir toda contienda.

Es de presumir que las condiciones económicas resultantes de la guerra actual impongan a todos los países como una necesidad ineludible, arribar a convenios recíprocos que preparen en un porvenir no muy lejano, la realización de este ideal internacional de un positivismo realmente humanitario, basado, no en el conflicto, sino en la asociación de intereses.

Angel Luisi.

11 de marzo de 1918.

[1] De su testamento motal a los hijos.

LA VERDADERA UNIDAD DE AMERICA

Estamos asistiendo a lo que parece ser la afirmación efectiva del panamericanismo. En las últimas semanas, varios hechos de significación en la política continental se producen al mismo tiempo que la guerra en Europa y Asia adquiere contornos culminantes. Brasil cede su puerto de Santos a Bolivia para que ésta tenga una salida al Atlántico; la Argentina cambia notoriamente su política exterior situándose dentro del criterio panamericanista que hasta hoy aceptaba a regañadientes; por parte de varios países se declara oficialmente que una de las medidas que deberá aceptarse es la supresión de las trabas al mutuo comercio, allanando las "barreras aduaneras".

Los gobiernos americanos y las clases que ellos representan, han llegado a comprender con claridad que las relaciones entre los distintos países deben ajustarse a normas más en consonancia con los intereses generales, del mismo modo y por la misma razón que obliga al gran capitalismo mundial a buscar nuevos métodos de estructuración político-económicos que reemplacen a los que condujeron a una situación de aguda crisis y contribuyeron al desencadenamiento de la actual guerra. América forma parte del mundo y ha de adaptarse forzosamente a las exigencias de la economía capitalista, partiendo de la premisa ya aceptada de que el Eje totalitario, será doblegado, tarde o temprano.

El deber de profundizar el problema

Por lo general, la mayoría de los americanos se sienten reconfortados con este adelanto en las relaciones interestatales. Predomina la impresión de que las cosas irán mucho mejor ya que se allanan las dificultades que siempre parecieron insalvables, entre ellas las de divisiones fronterizas y la competencia comercial. "América —se piensa— está unida en la lucha por la libertad y estará unida igualmente en la adopción de medidas de mejoramiento económico en la posguerra. Evidentemente, la doctrina de la Buena Vecindad ha suplantado al antagonismo y, en cuanto a los EE. UU., ha reemplazado su anterior acción imperialista. Y no se puede desconfiar de las intenciones de Roosevelt".

Así considerada, la situación no puede ser más benévola. Pero desgraciadamente se trata de una falsa estimación del panorama americano, que es mucho más complejo y profundo aun sin entrar a sus causas sociales esenciales.

Ante todo, debemos decir que es incompatible —desde un punto racional y democrático— el mantenimiento de la solidaridad como política exterior, en apoyo a los fines de libertad al mundo, con la aplicación en el orden interno de una política restrictiva y en la mayoría de los casos reaccionaria, que niega a los pueblos los elementales derechos de exponer, organizar y realizar sus afanes de libertad. Ya hemos dicho, y lo repetimos, que en América vivimos hoy, no obstante el progreso material de las naciones, como en la época oscura de los mayorazgos. Veintiuna repúblicas con Constituciones liberales avanzadas, de las cuales apenas si dos o tres practican un régimen que se asemeja al liberalismo que inspiró a sus libertadores. Cuando leemos los mensajes de aquellos sinceros hombres de la Revolución Americana del pasado siglo, sus conceptos sobre la soberanía de los pueblos para regir sus propios destinos, sus protestas contra el nacimiento del centralismo antipopular, y comparamos su época con la que nos toca vivir, ¿no vemos claramente que en la esencia de las cosas se ha avanzado muy poco?... De nada vale que una nación se llame democrática, si en contradicción con ese nombre están entronizados el despotismo político y la centralización económica.

Es un hecho incontrovertible, inherente a la naturaleza del sistema capitalista, que la política está supeditada a los intereses económicos. Siendo América en su conjunto, y cada uno de sus países por separado, un foco de riquezas por el que disputan desde hace más de un siglo las potencias imperialistas del mundo, nos encontramos hoy en medio de un juego de intereses que en nada tiene en cuenta la voluntad de las masas populares, el sentido de libertad que ellas quisieran imponer como norma colectiva. Intereses imperialistas e intereses nacionales son los que han manejado siempre, hasta nuestros días, el hilo de nuestra política. De ahí que hasta el más ingenuo de los americanos podría descubrir que no basta creer en la bondad personal del Presidente Roosevelt para suponer que ha sido automáticamente liquidado el problema del imperialismo norteamericano. La política de la Buena Vecindad, muy provechosa y efectiva para la concertación del esfuerzo bélico, es en realidad una nueva modalidad de la influencia imperialista, y de ningún modo su antítesis. Por otra parte, es bien sabido que varias naciones suramericanas —es decir sus castas dirigentes— abrigan siempre un afán de expansión y predominio sobre las restantes. Por eso es que no deja de ser sintomático el hecho de que el Brasil, por ejemplo, que es una nación con organización interna despótica, declare que está realizando gestiones para representar a todos los países de esta parte del continente en la futura Conferencia Mundial de la Paz.

Por desgracia o por suerte, tienen los pueblos americanos una larga experiencia de años, como para llamarse a engaño con los repentinos cambios de política exterior de sus gobiernos, dictados en virtud de las circunstancias. La misma experiencia debe señalarnos que las medidas de mejoramiento económico que hoy se presenten, redundarán en beneficio de las empresas y trusts capitalistas en una proporción infinitamente mayor que el beneficio que lograrán las clases productoras de cada país.

La verdadera unidad debe ser unidad de pueblos

Creemos firmemente en el valor de la unidad. Pero ella debe tener como meta la liberación de los pueblos de América, superando las condiciones sociales que hoy los oprimen. Geográfica e históricamente, existen en América condiciones naturales de unificación; ninguna de sus regiones es absolutamente independiente de las otras y sí, en cambio, su complemento necesario.

La unidad que debemos lograr es la de los pueblos mismos. Estamos aún lejos de haber dado pasos importantes en tal camino; debemos recién imbuirnos en forma precisa de sus alcances: coordinar la defensa de las libertades de expresión populares; exigir la aplicación de medidas que hagan que el intercambio comercial beneficie a los pueblos; superar en conjunto y en cada país las fallas notorias de la muy decantada democracia; perseguir a todos los elementos totalitarios, cualquiera sea su investidura; crear una fuerza capaz de frenar y expulsar al imperialismo; luchar con firmeza contra las oligarquías nacionales.

Esa clase de unidad no ha de alcanzarse, por cierto, con declaraciones oficiales de adhesión a los principios panamericanistas. Sí, al contrario, mediante la vinculación directa entre los hombres y las organizaciones de avanzada del continente, creando las bases para estructurar un amplio movimiento social americano, con un programa popular bien definido. El primer paso en tal sentido ha de ser nuclear en torno de ese propósito general a todos los hombres que no comulgan con los principios de ninguna dictadura.

Por nuestra parte, es esa justamente la misión que nos hemos impuesto, y confiamos que ella hallará campo propicio en numerosos hombres y núcleos que hoy se encuentran desorientados e inactivos.

RICARDO QUIJANO FLORES

El sofisma de AMERICA

Mister Wallace, vicepresidente de los Estados Unidos de Norte América, ha visitado algunos países suramericanos. En ellos ha encontrado una inmensa mayoría de hombres que están decididamente por el sentido de una democracia integral.

Algunos de los gobernantes que recibieron al visitante yanqui, desde luego, le ofrecieron los señuelos de la vida social, los suntuosos aspectos de la vida ciudadana.

Pero en otro país, que no menciono por no sonrojarme yo mismo, al aparecer al balcón de la casa de gobierno al lado de su mandatario, recibió el clamoroso aplauso, el que fué muy diferente cuando quiso el presidente arengar a su pueblo, para lucir sus comunes cualidades de dialéctico y de sofista. La reacción popular fué instantánea y el clamor fué subiendo de tono a los gritos desgarradores de "Cállate, tenemos hambre", "pon en libertad a los presos políticos antes de hablar".

Frente a esta fuerte y dolorosa realidad, el presidente retiró al embajador de la buena vecindad. Pero quedó en el ánimo del vicepresidente esa tortura de un pueblo que está aparentemente bajo el amparo de la democracia, tan cantada, tan exaltada, por los gobernantes que se amparan en este burdo sofisma.

Se le quiso enseñar a mister Wallace barrios obreros, con lindas casitas; pero ya avisado por ese pueblo hambriento, se escurrió y visitó la barriada, en donde el hacinamiento y la promiscuidad es otro de los aspectos o lacras que jamás pueden ver los huéspedes de honor...

Pero el yanqui, hombre de su siglo, palpó la miseria sumamente dolorosa de un pueblo que vive sosteniendo fantoches ridículos que lucen al mundo una aparatosidad teatral. También comprobó la espantosa situación de los hombres que por ideas políticas se mantienen en cárceles.

Y es éste el sofisma de América. A la hora actual ya no deberían existir estos resabios bárbaros. Los Estados Unidos de Norte América, para poder tratar a estos gobernantes enfermos de poder, lujuriosos, de tiranías, deberían exigirles más limpieza. El presidente que tuvo mister Wallace a su lado en el balcón de la casa de gobierno había ido como mensajero democrático a su país del norte. Esta anomalía es absurda. Tal presidente mancha el suelo de un país libre, como lo manchan sus diplomáticos. Es necesario jugar hoy con cartas limpias. En el tapete de las democracias americanas, no pueden ya jugarse con naipes marcados, como lo hacen los tahures.

Pasó la época taumatúrgica de "panem et circenses". Los pueblos quieren ese pan y ese circo, pero desean la libertad sin la cual nada se tiene.

¡Presos políticos en nuestros días! ¿Será ésto posible? Yo lo he sabido en forma confidencial, pero digna y con más deseos de liberación que de crítica. No es posible que en la familia americana, hoy más familia que ayer, exista un Estado que castigue a los hombres porque piensen de diferente manera de los que están en el poder.

Eso no es democracia. Eso no puede convivir con los pueblos que están metiendo los hombros para librar al mundo del peso de las cadenas. Es necesario, al hablar del enemigo extraño, libertar a los propios hijos. Es necesario cortar las propias cadenas para poder estar en condiciones de cortar las ajenas. Esto lo ha visto el hombre de los Estados Unidos, llevando en su pecho de demócracia sincero, el peso de esa angustia, de esa miseria moral, que nos aterra ahora mismo cuando escribimos estas líneas de desolación y de amargura.

¿Será posible que América, el continente sin realidad que dió tanta sangre para equilibrar sus derechos a los del mundo civilizado, siga en la negra noche de su colonia? ¿Será posible que gobernantes, titulares de universidades, oradores, escritores, diplomáticos, consientan ese espectáculo brutal de reducir los hombres a presidio porque no estén de acuerdo con ellos? ¿Será posible que se reciba así a un embajador que puede orgullosamente demostrar sus títulos porque llega representando un país libre?

No, no es posible. Pero el sofisma de ayer quiere seguir imponiéndose en América.

Los Estados Unidos de Norte América no pueden, por conveniencias materiales, seguir sentando a su lado a estos hombres que representan regímenes de barbarie y de tiranía. Cuando los azares de esta vida me coloquen en alguna fiesta cercana del hombre que representa a este gobierno que mantiene en las cárceles a los hombres de pensamiento, seré el primero en pedirle un aparte para decirle que está demás entre los hombres congregados allí.

América no debe tener estos hombres en el poder, ya que afrentan a la historia de la independencia y manchan a la dignidad humana.

Ya lo sabrá ésto mister Wallace. Se lo dirá al hombre que rige los destinos de la América del Norte. Se lo dirá a sus consejeros. Si el presidente de los Estados Unidos consiente en estas costumbres y no retira su representante, habrá llegado el momento de decir que la demócracia es una fórmula de exhibicionismo, de oratoria y de fiestas.

Que acabe el sofisma.

América no puede tolerar estas amarguras en su territorio. No es posible amparar, en estas horas de libre aspiración a la libertad del mundo, y consentir que los hombres de pensamiento agonicen en una mazmorra y no se les escuche en su legítimo derecho de pensar y de sentir.

La libertad de ideas, sostiene el sistema orgánico y social de la democracia.

Cada ciudadano que se encierra en una cárcel por sostener una idea, es una puñalada que recibe por la espalda la democracia.

Hay que tener presente las ideas sustentadas por los grandes políticos del mundo, que sabrán doblar a los enemigos respetando la libertad. Además pensemos siempre con el gran Sarmiento, modelo de hombre que combatió todas las tiranías: "Las ideas no se matan".

Desde Perú, por el escritor venezolano MANUEL GARCIA HERNANDEZ

Sueño

Cuando a las cinco y media de la mañana la mortificante campanilla del despertador rompió el silencio de la pieza, José Vidal, levantándose de la cama, la detuvo y encendió la luz. De pie, en paños menores, se desperezó con un bostezo descoyuntante, al mismo tiempo que levantaba los brazos en alto. Todavía sentíase cansado y con las articulaciones doloridas. Su mujer, que ahora dormía profundamente, se había quejado en el curso de la noche de extraños dolores, impidiéndole dormir con profundidad reparadora. Le costaba mantener los ojos abiertos y dominar la pesada modorra que poblaba de sombras su cerebro. Entre dos bostezos se puso el pantalón. Encendió el "primus", colocó encima una cacerola y salió afuera.

El patio estaba oscuro y silencioso. Casi a tientas se acercó a la canilla y puso la cabeza bajo el chorro de agua fría. Las campanas de una iglesia vecina tañeron los tres cuartos de hora. Ya en la habitación, bebió a pequeños sorbos el líquido que humeaba en la cacerola, mirando distraído las oleografías fijas en la pared. Todas las mañanas veía aquellas estampas desteñidas y manchadas por las moscas. Y todos los días admitía que aquellos cuadros acentuaban la pobreza de la habitación y su propia pobreza. No era así como había imaginado de soltero que sería su hogar matrimonial. Esta reflexión, como tantas otras veces, le hizo sonreír con amargura de la candidez de sus ensueños pretéritos.

Una vez desayunado, apagó la luz, cerró la puerta suavemente para no despertar a su mujer, y cruzó el patio sin hacer ruido que molestara el sueño de los otros inquilinos de la casa. En la calle, entre las lívidas tintas del amanecer, algunos perros vagabundos revolvían el cajón de basura, desparramando los desperdicios por el suelo. Al ruido de sus pasos levantaron la cabeza desconfiados y, una vez que le vieron alejarse, prosiguieron la rebusca.

Vidal tuvo que esperar un rato en la esquina hasta que brillaron en el fondo de la calle los ojos luminosos de un tranvía. Llegaba repleto de pasajeros. Intentó trepar y hacerse sitio entre los hombres arracimados que colgaban de las agarraderas. Después de correr unos metros lo consiguió, no sin peligro de rodar por el suelo, y por la solidaridad de quienes, como él, tenían un horario rígido que cumplir. En el interior del coche, las personas, promiscuamente hacinadas, exhalaban un calor tibio y sofocante. Mujeres paradas en el pasillo, al costado de los asientos ocupados, no reparaban en los empellones de los que pugnaban por pasar al interior del vehículo. El cansancio, un cansancio semejante al suyo, se traslucía en los rostros. Algunos dormitaban, apoyada la cabeza en el vidrio de la ventanilla. Otros, simplemente de pie, con un cabeceo pausado. Las conversaciones, a media voz, acentuaba la somnolencia de Vidal. Así como el vehículo avanzaba por las calles con su cargamento humano, el sol descendía por el frente de los pisos altos de la ciudad.

Por fin el tranvía llegó a Paseo Colón y Estados Unidos. José Vidal, abandonando el coche, engrosó las filas de los que se dirigían a los diques.

Entrando a los elevadores de granos, se detuvo frente a las oficinas. Habían llegado ya otros empleados que, como él, esperaban órdenes. Al rato apareció una persona alta, munida de una libreta, quien comenzó a llamarlos por el nombre propio. Cada cual, a medida que recibía órdenes, desaparecía en el interior del elevador. Vidal, designado a su vez, se acercó a unos peones que, dirigidos por el capataz, movían un pesado planchón de madera. Afirmados a las partes sobresalientes, esperaban el grito del capataz para aunar la fuerza. Entonces, los músculos de los brazos y los tendones del pescuezo, impresionaban como si fueran a estallar. El planchón corría unos metros. La cuadrilla, jadeando, tomaba un resuello. Un resuello breve, porque el capataz volvía a apurar el trabajo. Colocado el planchón convenientemente, la misma gente comenzó a ir y a venir, llevando al hombro bolsas de cereal. Iba del vagón a la pila y de la pila al vagón, con paso uniforme y pesado, y en una rueda que iniciando su movimiento a las siete de la mañana, no se detenía hasta las once.

La misión de Vidal era contar bolsas. En esa cuenta pasó la mañana. Al mediodía fué a almorzar a una fonda próxima al puerto. A la tarde continuó en la misma tarea. Contaba. Números, números... La rueda seguía igual que una caravana de hormigas que afanosamente acumulara provisiones para la época de hambre. Números, bolsas... Bolsas, números... A veces, aturdido por la cuenta, pensaba incoherentemente:

—Por si las hormigas tienen hambre... ¿Hambre?... ¿Acaso ellas comerán?... Las hormigas... Bolsas... bolsas...

Y en voz alta, contaba:

—Siete... Ocho... Nueve...

Tantas veces había visto pasar el rostro de los peones, que al final los rostros perdían sus características individuales y le resultaba un mismo rostro. Más tarde, ya no era un rostro, ni siquiera un peón que pasaba ante él: era una bolsa. La bolsa quince o la bolsa dieciséis.

El silbato anunciando las cinco le hizo lanzar un suspiro de alivio. Fué a las oficinas a dejar la libreta. Ya se iba a retirar cuando le detuvo la persona alta que ordenaba la distribución del personal.

—Tiene que trabajar esta noche.

—Discúlpeme: mi mujer está enferma.

—Todos me vienen con la misma excusa — replicó el otro con acritud —. ¡Explíquele al gerente!

—Yo no le miento: le digo la verdad.

—No sé nada, arréglese con él.

Vidal hizo un gesto de desesperación. Demasiado sabía que todo sería inútil ante el gerente.

—Trabajaré.

—Tiene que estar a las siete de la noche en la lancha "Biguá", dique cuatro, sección quinta.

—Está bien.

Salió del elevador para ir a cenar a la fonda. Más por rutina que por apetito. En realidad, experimentaba una honda tristeza.

La "Biguá" estaba atracada al costado del vapor OSLO, cuya mole se alzaba sobre ella, maciza y aplastante. En lo alto, atado a la barandilla del buque, brillaba débilmente la luz de un farol mecido por el viento. Apenas alcanzaba a iluminar los primeros tramos de una escalera de soga.

Hacía más de dos horas que Vidal contaba las bolsas de la lancha. El sueño se había apoderado de él, haciéndole sufrir su tortura implacable. Le dolían los párpados del esfuerzo para mantenerlos abiertos. Se incorporó y se puso a caminar por la cubierta. Volvió a sentarse. En un momento concentró su atención en el farol. La luz comenzó a hacérsele borrosa e imprecisa. Estuvo luchando unos instantes por mantener los ojos abiertos, pero al final se le cerraron. Su cabeza osciló para un lado y para otro, hasta caer definitivamente sobre el pecho: se había dormido.

—¡Eh!... ¡Eh!... — gritó una voz anónima.

Despertando sobresaltado, miró a los costados. Los marineros seguían trabajando igual que antes: del grupo partía un rumor de risas reprimidas.

—Patrón, ¿cuántas lingas van?

El patrón de la lancha, sacando del bolsillo una libreta ajada, la consultó:

—Setenta y cinco — dijo, y agregó por su cuenta: — Tenga cuidado que no lo vayan a ver dormido. Mire que a esta hora más o menos viene su encargado.

—Sí... sí...

Habría dormido unos diez minutos. Pese a su voluntad no podía alejar al sueño. Los párpados le pesaban como plomo. Para mantenerse despierto se puso a contar las bolsas en voz alta:

—Uno... dos... tres...

Seguía la cuenta. Cuando los ojos se le nublaban, levantando vivamente la cabeza, miraba a los costados. Faltaba poco para dar fin a la bodega. De arriba llegaba el ruido de los carreteles del cabrestante al enrrollar el cable del guinche. La pluma sobresalía del vapor, como un brazo gigante amenazando al cielo. Cuando el gancho descendía a la lancha, trababan en él la linga y una vez listo, un peón, asomado a la borda del buque, gritaba:

—¡Vira! ¡Up!...

Silbaban las válvulas del cabrestante, dejando escapar una nube de humo. El cable se ponía tenso, crujía lamentablemente mientras la carga se elevaba hacia el transatlántico.

—¡Veintidós!... ¡Veintitrés!... ¡Veinticuatro!...

Sentado en el castillete de popa no dejaba de contar y bostezar. El sueño no le daba cuartel. Al fin lo venció de nuevo. En el sueño tuvo la sensación de hundirse en una sima profundísima, entre masas compactas de sombras. A veces, distinguía de una manera vaga, un rumor sordo que no podía determinar. Luego, todo era quietud. Veía las oleografías desteñidas y manchadas por las moscas que pendían de la pared de su habitación. Su mujer lo miraba con un gesto cuya significación no se le escapaba.

—Mirá, Elvira; debés comprender. Esos cuadros son muy feos y tristes. Quisiera comprarte otros más hermosos, pero... ¿dónde conseguir dinero?... Ya ves, vos: trabajo y trabajo y nuestra suerte no mejora.

—¡Eh, diga! ¡Cuidado!

Abrió los ojos. A pocos pasos de distancia estaba el encargado de la ribera mirándolo con expresión maligna.

—Muy bien, siga durmiendo, siga no más.

—Señor...

—¡Qué señor ni ocho cuartos! Mañana se presenta a la oficina. ¿Comprende? ¿Oye o duerme?

—Sí, oigo, pero... — quiso argüir.

—No quiero saber nada. Mañana explicará todo en la oficina.

El encargado, yendo a la escalera de gato, trepó por ella. Su cuerpo deformado por la oscuridad, ascendía lentamente por el flanco del buque como una oruga por una pared. Al llegar a la cubierta, saltó y desapareció. Vidal aun siguió unos instantes mirando hacia arriba. No podía precisar con exactitud lo sucedido. Sus ideas, embotadas por el sueño, asignaban al suceso un carácter irreal.

—Hemos terminado la descarga — dijo el patrón de la lancha, tendiéndole un talonario de recibos —. ¿Quiere firmarme el conforme?

Tomando el lápiz que le ofrecía, Vidal trazó su nombre. Luego ascendió por la escalera. Bajo sus pies, las aguas negruzcas del dique cabrilleaban llenas de reflejos. Ya arriba, se le acercó el empleado que atendía la carga del vapor.

—¿Qué te pasó?

—El encargado me sorprendió durmiendo.

—Ese tipo te va a reventar. ¿Cómo te descuidaste?

—¡Qué sé yo!... Anoche apenas dormí. Mi mujer, ¿sabés?, anda media enferma. Tengo un sueño que no me deja abrir los ojos. ¡Hasta mañana!

—¡Hasta mañana!...

Cruzó la planchada tendida entre el vapor y el muelle y caminó en dirección a la salida del puerto. Iba cabeceando y con pasos torpes. Después que pasó el puesto del Resguardo una mujer, saliendo de una zona oscura formada por el follaje de los árboles, se puso a caminar a su lado.

—¿Vamos? — susurró insinuante.

—¿Qué?

—¿Venís?

—¿A dónde? — balbuceó amodorrado.

—A dormir.

—¡Ah!... ¿A dormir?

—Sí, hombre, sí: a dormir conmigo.

Lo había tomado del brazo y se le recostaba infiltrándole el calor de su cuerpo.

—¿De qué barco sos?

Vidal, deteniéndose la miró sorprendido de descubrirla prendida a su brazo.

—¿Qué querés?

—¡Vamos! ¡Vení!

—¡Dejame! — dijo él, y en forma brusca le hizo soltar el brazo.

La buscana, encolerizada por el rechazo, le gritó en la cara:

—¡Idiota! ¡Borracho!

Y se fué en sentido contrario, repitiendo los insultos.

Vidal continuó caminando con el torso inclinado y las manos metidas en los bolsillos. Pasó bajo las arcadas del Paseo Leandro Alem. Los cafés resplandecientes de luces, estaban llenos de gente. De ellos salían rumores de voces y música. En la puerta de uno de ellos, un hombre gesticulando grotescamente enunciaba las excelencias del establecimiento.

—¡Al "Garibaldi"!... ¡Pasen, señores!... ¡Veinte mujeres!... ¡Veinte mujeres en la orquesta!..

Tenía puesta una levita rotosa y mugrienta, y en el ojal una gran camelia de trapo.

—¡Pasen!... ¡El mejor chop de Buenos Aires!

Accionaba con movimientos desacompasados, como un gran títere manejado por un hilo invisible. Las guías del bigote le caían sobre la boca desdentada que pretendía, con resultado lamentable, exhibir una sonrisa picaresca. Vidal al verle el rostro, lo asoció con el de la morsa: una morsa nostálgica y enclaustrada. El símil le impresionó al extremo que aun después de dejar atrás el café, creía seguir viéndolo con la misma sonrisa lamentable, gritando:

—¡Veinte mujeres en la orquesta! ¡El mejor chop de Buenos Aires!

En la oscuridad de las arcadas brillaban letreros luminosos: *Casa de hospedaje, fonda, camas desde un peso, hotel, hotel para hombres solos.* Alrededor de esas casas, personas como sombras entraban o salían en actitudes extrañas. Vidal caminaba automáticamente. Atrás dejaba el vocinglerío de la gente y el rumor musical de las orquestas. Las personas se convertían, ante sus ojos sobrecargados de sueño, en bultos borrosos y anónimos. Se detuvo en una esquina: había llegado a la parada del tranvía. Cuando el coche llegó, ascendiendo ocupó un asiento y pronto se hundió en un sueño pesado. Lo despertó unos golpes sobre el hombro: era el inspector que reclamaba el boleto. Después de entregárselo, miró por la ventanilla para orientarse. Se había pasado más de diez cuadras. Renegando se largó del tranvía y volvió hacia atrás. Era tarde. No podía precisar la hora, pero debía de ser muy tarde. De no haberse pasado del sitio donde debía descender, ya estaría en la cama durmiendo profundamente como un muerto, para quien no cuentan las oleografías baratas y manchadas de moscas, ni la caravana interminable de bolsas, que a veces parecen rostros anónimos, o son simplemente, números:

—Veinticinco... veintiséis... veintisiete...

Apenas entró en su domicilio tuvo la intuición de que sucedía algo anormal. En la pieza había luz y sobre las cortinas de género se recortaban sombras humanas. Al abrir la puerta, un hombre, que estaba en el interior del cuarto, le tomó de un brazo.

—¡Permítame, amigo!

No opuso resistencia: se dejó llevar afuera. Intentaba recordar quién era ese hombre de cara conocida, que le hablaba con una fraternidad desusada.

—¿Qué desea? — inquirió blandamente.

—Vea, amigo, su mujer ha estado bien durante todo el día, pero a eso de las siete de la noche se descompuso. No es nada, no se asuste.

—¿Si se puso mal, por qué no me avisaron?

—¿Adónde? ¡Además ha sido una cosa tan rápida! ¡Nadie lo esperaba!

De golpe tuvo la sensación de algo irreparable.

—¿Pero qué? ¿Qué pasa? — gritó asustado, desprendiéndose del otro.

Entró en la pieza violentamente. En ese instante una vecina procuraba poner un crucifijo entre los dedos de la mujer acostada. Comprendiendo la verdad abrazó el cuerpo de ella.

—¡Muerta! ¡Muerta!

Le tocaba el rostro con las manos y al notar que estaba tibio, dudaba de la muerte. Le sacaron de allí a la fuerza. Alguien, a su costado, repetía:

—Resignación, amigo... Resignación...

Cayó sentado en una silla y muequeó llorando:

—¡Cómo es posible que haya muerto! ¡Ayer estaba sana y contenta! ¿Cómo puede ser así?... ¿Acaso no hay justicia en la tierra? No, no la hay... Uuuuu... Uuuuuu...

En medio de su llanto pensó que quizás cuando supieran en su empleo la muerte de su mujer no lo despedirían. Asimismo pensó en los gastos del entierro: tendría que comprarse un traje de luto o mandar a teñir el que tenía puesto. Su mirada se detuvo en el cuerpo exánime de su mujer.

—¿Es posible que esté muerta?... Muerta... muerta...

Como si se le escapara el significado de la palabra, la repetía en distintos tonos para alcanzar en toda su profundidad la desgracia irreparable que traducía. Pero había un masa prieta de sombras interponiéndose entre la palabra y su cerebro. Sus ojos tampoco registraban lúcidamente el cuerpo de la muerta.

—¡Elvira!... ¡Pobrecita!... ¡No has gozado de ninguna alegría, después de casada!... ¡Estábamos tan pobres, tan pobres!...

Volvió a llorar lúgubremente:

Se le cerraban los párpados. En medio de las nebulosas del sueño entrevió aquella cara que le hacía recordar la de la morsa y que, sonriendo lamentablemente, gritaba:

—¡Veinte mujeres!... ¡Veinte mujeres en la orquesta! ¡Pasen al "Garibaldi"!

Y una mujer tomándole del brazo:

—¿Venís?

—¿A dónde?

—A dormir conmigo.

Empezó a roncar. Las vecinas, entretanto, vestían a la muerta...

ERNESTO L. CASTRO

Oda al Futuro del Hombre

Pelear por todos y pelear para que el individuo sea un hombre...

C. Vallejo

Ayer los días tenían un monótono ritmo
conocido del hombre como un viejo sendero:
al borde de los ríos el agua se miraba
y el viaje de sus ondas no sabía de sueños.

El trigal era nuestro, pero no su esperanza;
eran nuestros los cantos, pero no sus acentos;
la paloma tendía sus curvas en el aire
y el hombre, silencioso, contemplaba su vuelo.

A veces nos llegaba el grito del tumulto,
la bandera en la huelga, el motín del silencio;
pero el llanto maduro no subía en nosotros
con sollozo creciente: en grito verdadero.

No eran hondos los miedos, no era llama la sangre,
ni el futuro era un alba, ni era América tiempo:
tan sólo las gastadas catedrales antiguas,
academias, pasados y relojes sin eco.

Pero ahora, los vientos rebeldes se amotinan
y está, junto al clamor, el hombre y su destino,
como un sueño naciendo de vitales cenizas,
como un alba naciendo de su otoño y su grito.

Porque la sangre, ahora, es sangre combatiente,
voluntaria de vida y pasión de latido;
porque la muerte es honda, recobrada y distinta,
y es el día batalla y batalla el gemido.

Tiempo es que las voces desnuden sus palabras
rehaciendo sus ecos, como el hombre caminos;
tiempo es que los hombres encuentren su horizonte
como encuentran promesas signadas en el trigo.

Y yo, aquí, convocados mi hombre y mi agonía,
aquí, latiendo, hermano de vosotros, amigos,
pero también hermano de aquellos que pelean,
camaradas distantes, hermanos fidedignos.

Porque ellos sueñan, luchan y van hacia la sangre
entre puños, fervores, cenizas y martirios,
y nosotros luchamos, despertando del tiempo,
contra dogmas, cadenas y el peso de los siglos.

Ellos allí, de pie o de rodillas,
junto al hambre, la sombra, los caídos;
nosotros aquí, entre las selvas, las ciudades,
la hipotecada tierra y el subterráneo río.

Ellos allí, en el miedo, con terribles palomas
y presagios oscuros; nosotros aquí — digo —
con indios que sollozan las rayas de su espalda,
con patrones de América, de usinas y destinos.

Ah, hermanos del hombre, comprendamos
que el hombre universal es uno, siempre el mismo:
el que buscan los que van hacia la sangre ardiendo,
el que en América hundirá los mitos.

Lejanos hombres hay que van hacia la sangre,
entre vientos de pólvora, desnudos,
condecorados por el plomo el pecho
y con laurel de gloria por escudo.

Y en América, América despierta,
continental y libre del sueño moribundo;
con pumas y esperanzas, libertades y ríos,
con hombres y montañas, reconquistas e impulsos.

Para el alba que llega iluminada,
despierta sus paisajes, sus paisajes más puros;
y todo para ti, para vosotros,
para el hombre que llega eterno de futuro.

En medio del clamor que te despierta,
América futura, al futuro del hombre,
yo le canto y saludo.

ERNESTO CASTANY

JUVENILIA

Un acontecimiento realmente grato por su contenido artístico y espiritual, es la aparición del nuevo film argentino "Juvenilia", que de por sí marca la etapa de estabilización definitiva del cine nacional. Está basada en la novela homónima en la cual Miguel Cané, con pluma ágil, nos relató la vida estudiantil porteña de fines del siglo pasado, cuyo recuerdo perdura en hombres que aun hoy actúan en nuestro escenario cultural.

Era aquella una época en la que el hidalgo y el espíritu fluían hacia su consagración: en la que los jóvenes vivían con fe y entusiasmo, educados con honradez y sentido constructivo. La juventud de hoy, en cambio, permanece inactiva, llena de desesperanza, sin fe y sin cabida en el concierto argentino, un tanto disonante. Ello se debe, en gran parte, a los errores imperdonables cometidos por los hombres a quienes fué confiada la educación y dirección de la juventud en los últimos decenios, ya que éstos tan sólo se ajustaron, aunque no estrictamente, a los rumbos marcados por algunos seres nobles de antaño, pero no los ampliaron ni tuvieron en cuenta las leyes progresistas de la humanidad.

Decir "acierto" por la realización del film que nos ocupa resultaría poco. Más que acierto es aporte, evocación, homenaje y rumbo hacia la renovación. Film para los jóvenes que han perdido el amor a los hombres dignos del pasado, debido a la mala atmósfera reinante que asfixiaba a los mejores espíritus; film que ha de hacer renacer en los argentinos el entusiasmo por el futuro, pues en "Juvenilia" alienta un llamado a la juventud, una exhortación al despertar y una incitación a renovarse y reconstruirse. La juventud ha de reintegrarse a la vida colectiva para crear su técnica, ciencia, arte y literatura; para crear su verdadera personalidad, útil para el país y el resto de la humanidad.

En este film todo brota con naturalidad, todo es sincero. Quizá la obra de Miguel Cané resulte un poco chocante para los actuales profesores de los Colegios Nacionales, quienes enseñan, pero no forman a la juventud presente, porque su egoísmo y problemas personales los absorben y les hacen olvidar la obligación moral que impone el desempeño de sus cátedras. ¿Existen, acaso, lazos de unión espiritual entre el profesor y los estudiantes? ¿Se forjan futuros ciudadanos en dichos establecimientos? ¿Se observa, allí, ese amor, esa veneración por los profesores de hoy, como en el caso de Jacques, según el testimonio sincero de Cané? Y sin embargo, el profesor Jacques no era diplomado y no desempeñó el vice rectorado del Colegio Nacional Central esgrimiendo un papel que lo autorizara a hacerlo.

Sabido es que Jacques llegó a estas playas sin título alguno, en calidad de autodidacta, y sin embargo, ejerció su cátedra en Tucumán y más tarde fué llamado personalmente por el presidente Mitre para ejercer el vice-rectorado del C. Nacional y dar cátedra de física, en la Universidad. —¡E hizo obra! ¡Forjó hombres que prestaron al país grandes servicios! Pero, actualmente no se da cabida a los Jacques anónimos que ya no llegan de países extraños, sino que se forman silenciosamente en el país, y a quienes no sólo no se les da oportunidad de ejercer, sino que ni siquiera se les permite evidenciar sus posibilidades.

El film que nos ocupa, cinematográficamente hablando, es un aporte al arte nacional porque no está modelado, como en muchísimos casos de la producción anterior, según una receta, ni lleva sello de ninguna de las escuelas o corrientes que suelen ser epidémicas en las artes. Es una película sencilla, modesta y sincera. Todos en ella son protagonistas, crean sus papeles, de cabecera o episódicos, con la justeza y sinceridad que sólo cabe en el verdadero arte. R. Passano (hijo) produce buena impresión por su desenvoltura, simpatía y ágil comprensión del personaje que le fué encomendado. Mario Medrano, se compenetra psicológicamente con su papel de Matías Behety, logrando su mejor interpretación con medida y dignidad; se vislumbra en él un actor de carácter que en el futuro proporcionará grandes satisfacciones. Hugo Pimentel, chispeante y animador, irónico y exaltado a la vez, logra su papel sin exageraciones. Los veteranos Vilches y Olarra dejan en el espectador recuerdos imborrables: Olarra en su creación del profesor Jacques, ateo, y Vilches en el del padre Agüero. Los dos demuestran cuán creadora es la obra de educación, pues no obstante la polémica cordial, existente entre ellos y a pesar de los diferentes caminos que siguen, ambos están tácitamente unidos en un solo ideal: Educar a la juventud, crear hombres.

El director Vatteone realizó la película con nobleza, sin arrogancia, logrando escenas perfectas, guiando la cámara con convicción y con amor al autor del libro.

RODOLFO GUINZBOURG

El Educador Vocacional y el Burocrático

UN REPORTAJE A María Luisa Petetín



Gratas resultan, en verdad, las entrevistas, cuando ellas dejan en el espíritu del cronista la impresión de haber recibido una lección que abarca la hermosa ciencia de la pedagogía. La doctora María Luisa Petetin se presta gustosamente a nuestro interrogatorio, al saber que abordaremos un problema de su vocación. Ejerce el magisterio hace cuatro lustros aproximadamente, publicó varios libros sobre pedagogía, habiéndose graduado en la Universidad de La Plata en Ciencias Naturales. Y sin otros preámbulos, le planteamos nuestras preguntas sobre la educación, ya que ese es el deseo de la dirección de la revista HOMBRE DE AMÉRICA.

—¿Cree usted, señorita, que el problema educacional ha sido resuelto en nuestro país?

—No. En nuestra escuela todo se reduce a instruir, a instruir malamente. La educación escolar —agrega— no es un conjunto de moralejas que el niño debe aprender de memoria. Es una influencia honda e imborrable; brota del alma del maestro y del ambiente de la escuela, cómoda, serena, alegre, luminosa.

¡El alma del maestro! Su propia luz es el gran ejemplo sin palabras. Despierta, agita, impulsa, descubre y fortalece, o descubre y desvía sabiamente hacia mejores caminos.

Mucho debe agradecer la cultura argentina, a los educadores conocidos y desconocidos que desde Buenos Aires a los Andes y a Tierra del Fuego, despiertan en las criaturas el alba espiritual.

Pero no abundan estos hombres y mujeres. Los factores inmorales que intervienen en el nombramiento de maestros de grado y profesores, abren las puertas de la escuela a personas que han transformado una misión sagrada en oficio cómodo para ganarse la vida... Y perdido el alto significado de su misión, el maestro ya no es maestro; es sólo un mal instructor.

En cuanto al ambiente —continúa la doctora Petetin— hay mucho que decir. La escuela pobre suele ser una casa sórdida, fría, oscura, húmeda; plagada de moscas en verano. Los alumnos concurren a clase mal alimentados, sin abrigo en los días más recios del invierno; sucios siempre de la cabeza a los pies; sin útiles. Persiste prácticamente, la diferencia de clases.

—¡Cómo! —exclamamos—. ¿También en este problema hay el dualismo clasista?

—Sí; la escuela rica de los barrios centrales de las grandes ciudades, no tiene punto alguno de contacto con la franciscana de los barrios suburbanos, de las provincias y gobernaciones pobres. Sin embargo, tanto los que concurren a la primera, como los que asisten a la segunda son niños..., es decir, esperanzas.

¿No sería razonable hacer que todas esas esperanzas florecieran con la misma bella lozanía, para el engrandecimiento material y espiritual del país? Hay que llevar la escuela limpia, cómoda, serena, alegre, luminosa, a todos los rincones pobres de la Argentina; hay que recordar lo inútil de pedir amor a la justicia, al bien, a la belleza; de pretender actividades útiles del cerebro, en medios donde la falta de higiene y el hambre reinan como dictadores.

Escuelas espaciosas con baños de agua caliente, comedor, ropero bien surtido, con abundancia de útiles y libros, con maestros selectos para los grados y maestros visitadores que extiendan al hogar de los niños, la obra de la escuela.

Proporcionemos esto a la infancia de la República y esperemos tranquilos el porvenir.

He hablado de maestros visitadores. ¡Cuánta falta hacen! Con demasiada frecuencia existe una valla insalvable entre los padres y el maestro, el hogar y la escuela.

En ciertos barrios y zonas campesinas no se comprende la función del maestro, más allá del enseñar a leer, a escribir y hacer cuentas lo más pronto posible. La educación se compendia para los padres, en el castigo que diariamente o de cuando en cuando, dan a sus hijos por motivos serios o fútiles. La honda, constante y suave acción de la escuela, carece de sentido para sus almas.

El trabajo abrumador y la indiferencia ante algo que no comprenden, les impiden acercarse al maestro, y éste, dedicado de lleno a sus niños, sólo muy rara vez puede visitar los hogares.

Escribe, sí, con frecuencia cartas afectuosas a los padres, tratando de establecer amistad con ellos, pero en el mejor de los casos, cuando el padre sabe y quiere leer, la carta no es la palabra risueña o grave, conmovida, no es la mirada, el gesto, el cordial apretón de manos, el sentarse familiarmente en la pobre habitación y contar las ocurrencias, adelantos y bondades del hijo, aconsejar —como quien no lo hace— sobre este y aquel detalle; ayudar si fuera necesario en una tarea que urge.

En otros barrios no tiene la misma importancia este aspecto del problema: la cultura acerca el hogar a la escuela y convierte aquél, en un valioso colaborador de ésta.

Dije al principio que nuestra escuela no educa siquiera en el aspecto exclusivamente mental. El niño sale de sexto grado con algunas nociones de todas las ciencias, pero sin haber aprendido a estudiar, sin saber usar la inteligencia para resolver por sí solo cuestiones simples que exigen la intervención de asociaciones sencillas, algo de razonamiento, un poco de imaginación.

—En este caso, ¿incluye la enseñanza primaria en la secundaria y superior, señorita Petetin?

—A eso iba: cuando nuestros alumnos de la escuela primaria ingresan a los colegios nacionales, a las escuelas normales, los profesores se quejan nada saben de gramática. Están muy mal preparados en matemáticas. Parece que nunca hubieran estudiado geografía.

La queja sensata debiera ser: estos chicos no saben estudiar. Lo más importante no es saber; lo esencial es estar, en cualquier momento, en condiciones de aprender. Y en la escuela secundaria las cosas se agravan, porque el profesor —frecuentemente lo es sólo de nombre— cree que en la enseñanza media debe desaparecer el maestro, para dejar paso al examinador.

Si en la escuela primaria los maestros cometen el error de pasarse las cuatro horas hablando, explicando todo y no permitiendo así el trabajo mental del alumno, en la escuela secundaria se pasa al polo opuesto: el muchacho debe aprender su lección desde tal página a tal otra y recitarla. El catedrático aprueba o desaprueba y califica, con lo que a pesar de sus quejas continuas nada ganan sus alumnos como inteligencias de múltiples aspectos.

Y la laguna que lleva en su mente el niño, al egresar de la escuela primaria, se convierte en un mar a través de la escuela secundaria y normal.

Los directores hallan luego que los maestros no tienen la preparación que correspondería y los bachilleres fracasan en gran número en la Universidad.

Giramos siempre alrededor del mismo mal.

¿Cuál sería el remedio? Yo veo uno, muy eficaz: que sean maestros y profesores sólo los que tengan alma de educadores, los que amen devotamente su misión; los infatigables en la obra de la propia superación.

¡Nada de ser maestro para trabajar menos horas y ganar un poco más que en cualquier otra profesión! ¡Nada de conseguirse una cátedra para redondear entradas que no alcanzan!

La Argentina necesita maestros y profesores enamorados de la escuela y del niño, como artistas de la obra ideal que brilla —realidad ya— en el fondo de sus almas. Estudiosos, investigadores, constantes y sabios en su amor, y serenamente rebeldes también, porque maestros y profesores tienen la obligación de ser jueces imparciales del presente, para imprimir al joven corazón que despierta junto a ellos, el impulso certero hacia el porvenir.

—¿Habría un medio práctico para conocer estos verdaderos maestros y separarlos de entre los muchos que quieren hacer un oficio fácil del magisterio?

—Se revelan en la escuela normal desde el primer momento; la escuela normal los conoce y —razón de su propia existencia— quisiera que fueran ellos los que ocuparan los cargos en la enseñanza, pero... ustedes y los lectores de HOMBRE DE AMÉRICA lo saben ya...

Si se consiguiera que las carreras de maestro y profesor fueran largas, los impacientes, deseosos de ganarse pronto y cómodamente la vida, se eliminarían por sí mismos y llegarían a la meta los maestros de vocación.

A la escuela, al hogar, al pueblo, interesa en estos momentos más que nunca, el asegurar a la infancia y a la juventud, maestros de verdad.

La humanidad desfallece bajo la cruz de su odio y su egoísmo. ¿Cuándo se hará carne en todos los corazones el verbo de la comprensión y el amor?

Que empiece a resonar hoy mismo, y sea en la Argentina, por boca de sus maestros, la tierra donde más alto y con más elocuencia se predique, que con más verdad se viva.

Y para terminar, nuestra estrevistada hace la siguiente exhortación:

¡Maestros, paladines de la cultura, a vosotros corresponde humanizar al hombre!

Agradecemos a la distinguida educadora, sus valiosas observaciones y le expresamos que sus colaboraciones en la revista HOMBRE DE AMÉRICA serán, seguramente, muy leídas, máxime cuando ella es una maestra vocacional, una pedagoga profundamente enamorada del arte de despertar conciencias para humanizarlas y conducirlas a un plano superior de vida.

Nos promete satisfacer nuestros deseos más adelante por encontrarse ahora sumamente atareada. Y con esto damos por terminada nuestra misión periodística.

TITO L. BANCESCU

Carta a PACO AGUILAR

Hemos escuchado tu concierto. No se han acallado aún en nuestros oídos las maravillosas notas de tu laúd, y ya tomamos la pluma para expresarte nuestro más profundo reconocimiento. Reconocimiento, sí, por habernos dado un poco de música: de música pura, limpia, incontaminada. Pero, sobre todas las cosas, muchas gracias por habernos hablado, por habernos abierto un rato tu corazón, porque otra cosa no ha sido tu concierto. ¿Bach?, ¿Croft?, ¿Haydn?, ¿Purcell? ¿Albeniz?, No. El pueblo español en boca de tu laúd. Eso es. Tu pueblo nos ha hablado a través de tus soberbias interpretaciones. Hoy después de aquel aciago día de marzo de 1939, no escuchamos más que débiles ecos hispanos, y sólo una palabra de León Felipe o un disco de Pablo Casals nos recuerdan que Don Quijote no ha muerto aun, que todavía vive, que España pertenece a los que se llevaron la canción. ¿Recuerdas "el reparto"?

Tuya es la hacienda,
la casa,
el caballo,
y la pistola.
Mía es la voz antigua de la tierra.
Tú te quedas con todo
y me dejas desnudo y errante por el [mundo...
más yo te dejo mudo... ¡Mudo!
¿Y cómo vas a recoger el trigo
y a alimentar el fuego
si yo me llevo la canción?

Y tú te llevastes el laúd, a pasear por el mundo tu tristeza, no de refugiado de lujo, pues eres ciudadano de todas las naciones, sino a decirnos de los dolores y sufrimientos de tu pueblo. Ese enorme silencio que nos pesa a todos desde que tu cuarteto dejó de hablarnos, ese silencio enorme, abismal: porque había que hacer un silencio de recogimiento para cada uno de los muertos de nuestra España y eran muchos... Así, únicamente así, aceptamos el silencio de los Aguilar. Pero anteayer tú nos hablaste. León Felipe se equivoca: España no está muerta; podemos mirarla aún de frente, y la vemos en todos los hombres heroicos que como tú saben mantener enhiesto el cetro de la hispanidad.

España quebrada se recobra para intentar la conquista de la luz. ¿Creen los hombres que eso sólo se consigue con tanques y aviones? ¡Cuán equivocados están! La luz se conquista con un laúd o con un poema, o no se conquista de ninguna manera. Y sólo los que supieron guardar silencio: un minuto por cada alma muerta en el gran negocio español, solamente ellos, repetimos, son los que podrán liberar a España. No la cháchara de cuantos se dieron a pasear miserias con una arrogante actitud de refugiado por cuanto pueblo hay en América hispana. Miseria de "colmao" o de greguería poco importa. Siempre es miseria.

Nosotros, que hemos sufrido el dolor de España y que sabíamos íbamos a sufrir el dolor del mundo, no perdimos la fe y teníamos razón: España nos ha dado a Pablo Casals, a tu cuarteto, y a León Felipe.

Pero volvamos al concierto. Creemos — y no tememos pecar de exagerados —, que en muchos años no se habían producido acontecimientos artísticos de tal magnitud como los de 1943: la Sinfonía de Leningrado de Shostakovich, y tu singular concierto. Hay que sentirse un poco manchego para salir a pelear por los fueros del laúd, donde todo está por hacerse, desde la técnica hasta la música. Aplaudimos sin reservas tu decisión de dedicarte por entero al laúd. ¡Bienaventurados los hombres que en su seno albergan coraje suficiente para acometer tales empresas! Eso nos dice algo de sus pueblos, de su estirpe. Eso nos dice algo de tu España: de la España que, partida en dos vuela o repta. ¡Felices los pueblos que puedan mostrar al mundo luminarias como la tuya!

Nosotros, los que esperamos del artista algo más que la fría ejecución de una obra, algo que traiga un mensaje de amor y de fraternidad, hemos salido de tu concierto profundamente aliviados. Dudábamos que un solo y simple laúd pudiera impresionarnos de tal modo — y dejemos sentado que no queremos de manera alguna tejer un ditirambo — pero teníamos confianza en ti.

Hace ya muchos años y en otra solemne ocasión pudimos salir contentos de un concierto: el día que escuchamos por vez primera el maravilloso cuarteto Nº 132 del gran Beethoven: desde entonces, y hasta aquí, salvo la Séptima de Shostakovich, nunca tuvimos oportunidad de salir de la misma manera de una sala. Virtuosismo por todas partes. Chatura. Irreflexión. *Business.* Notas inexpresivas. Nada más. Ahora ya no podemos decir lo mismo: cedemos la palabra a tu laúd. Tu arte nos ha devuelto la confianza. Y esperamos...

JOSE BASIGLIO AGOSTI

UN BÁRBARO EN ASIA

Henri Michaux. — Ediciones Sur — Traducción de Jorge Luis Borges.

En el siglo IV antes de Cristo, un país que había alcanzado una civilización extraordinaria, China, envió a la India a un emisario, Hien Tsung, a recoger las enseñanzas de Buda. Muchos siglos más tarde, los europeos mandaron misioneros cristianos a Asia, a fin de *enseñar* su religión a los "paganos".

He aquí la diferencia fundamental de dos culturas frente a la extraña.

De entonces acá, son numerosos los enviados blancos que han pisado Asia. Todos fueron a predicar, cuando no a imponer su credo. Poquísimos, o ninguno, han ido con ánimo de aprender o respetar el ajeno. Y no queremos hablar de los que fueron sólo la avanzada del comerciante o del opresor. Queremos, sin embargo, destacar este hecho importante: aun hoy nuestro conocimiento de Oriente es apenas superficial.

Con ligereza enorme, el blanco ha juzgado en bloque a las religiones asiáticas, sus filosofías, sus actitudes frente a los problemas morales o metafísicos.

Errores groseros han sido cometidos y se cometen todavía, entre personas a quienes debería exigírsele un mínimo de raciocinio. Se equivocaron los estadistas europeos y americanos cuando creyeron que Japón no reaccionaría descargando un golpe inesperado, y se equivocaron cuando propagaron la creencia de que era un país débil e incapaz de resistir. Evidenciaron un desconocimiento de la psicología nipona que corre pareja con la ceguera germana cuando se dejó engañar por la aparente desorganización soviética.

En gran parte, estos errores se deben a los viajeros que recorren Asia sin desprenderse de su propia atmósfera, impermeables al clima espiritual que allí reina, lo juzgan todo con criterio provinciano. Viven en zonas restringidas posibilitados de identificarse con el modo de sentir, de pensar y de comprender de los extraños, y no son capaces de asimilar otras. Están imque es el único modo de penetrar en el fondo de sus almas y de hallarles sentido. Se encastillan en cánones con los cuales quieren medir cosas que están en otras dimensiones y que obedecen a otras medidas.

Un libro desgraciado, de inteligencia sofisticada, "Un bárbaro en Asia", tipifica esta falta de flexibilidad mental. Su autor pinta y juzga a Oriente, midiéndole siempre con su cartabón francés. Diríase que ha pretendido descubrir al Asia dejándose llevar por las narices y éstas desgraciadamente lo arrastran casi siempre a los retretes. Algunas veces, por pura casualidad, y a pesar suyo, cae, sin embargo, en los jardines. Pero, se apresura a alejarse, enfrascado en su irritada incapacidad de captar espíritus tan distintos al suyo. Su libro, fríamente inteligente, a menudo rabioso, carece de paisaje, de ambiente, de comprensión religiosa, de tolerancia.

Se desata en insultos, en frases hirientes, en comparaciones denigrantes. Ignora todo cuanto se ha hecho y se hace por un mundo más amplio y menos amargo que el que habitamos. Deshace milenios de búsquedas empeñosas, de dolor y esperanza, y sólo quiere ver lo que hay de malo, lo retrógrado, lo que le irrita.

Carece de amor hacia los seres de una raza que no es la europea, esa que tan poco puede decir en descargo de los horrendos pecados que ha cometido.

Henri Michaux es un viajero desdichado. Nada encuentra bello, nada lo atrae. Sus juicios no hacen más que aumentar la distancia entre dos culturas que buscan unirse. Carga las tintas y vela sus imágenes con el sombrío escepticismo, tan negativo, que hemos vislumbrado en casi todas las manifestaciones espirituales francesas recientes, y, en especial, el cine y el teatro.

LUIS ORSETTI

HOMBRE DE AMÉRICA

FUERTE Y LIBRE

AÑO IV — AGOSTO DE 1943 — N° 21

REGISTRO DE PROPIEDAD INTELECTUAL Nº 071781

NOMINA DE COLABORADORES

POR ORDEN ALFABETICO

Paco Aguilar — Miguel Angel Angueira — Germán Arciniegas.

Tito L. Bancescu — Julio R. Barcos — Leónidas Barletta — José Basiglio Agosti — Prof. Francisco C. Bendicente — Ing. Carlos Bianchi — Aurora Bogú — Herminia Brumana — Marta Brunet — Antonio J. Bucich.

Dr. Edgardo Casella — Oscar Cerruto — Dr. Florencio Charola — Justino Cornejo (Ecuador) — Dr. Enrique Corona Martínez — Olga Cossettini — Dardo Cúneo.

Carlos de Baraibar — A. Díaz Urrieta — Serafín Delmar.

Oscar Falchetti — Luis Fernández Zárate — Waldo Frank (E. Unidos).

Gerardo Gallegos (Cuba) — Dr. Rafael Grinfeld — Gilberto González y Contreras (Cuba).

Jorge Hess — Prof. Dr. Alfonso L. Herrera (México) — Josua Hochstein (Estados Unidos).

Dr. Juan Lazarte — Layle Lane (Estados Unidos) — Dr. Enrique Loedel Palumbo — Alfonso Longuet.

Dr. Manuel Martín Fernández — Mauricio Magdaleno (México) — Ing. Jacobo Maguid — Alberto Maritano — Aurelio Martínez (Perú) — Félix Molina Téllez.

Dr. Isidro J. Odena — Juan G. Olmedilla — Luis Orsetti.

Lucila Palacios (Venezuela) — Armando Panizza — María Luisa Petettin — Magda Portal — Enrique Portugal — Jacobo Prince.

Eugen Relgis (Rumania) — José Riera (Bolivia) — Octavio Rivas Rooney — Horacio E. Roqué.

Dr. L. Sack — Dr. Alberto Sagastume Berra — Diego Abad de Santillán — Dr. Jaime Scolnik — S. Fanny Simon (Estados Unidos) — Dr. Joao da Souza Ferraz (Brasil) — Juan Antonio Solari — Agustín Souchy.

Dr. Saúl Taborda — Andrés Townsend Escurra — Jacinto Toryho — Prof. Víctor Troncoso (Chile) — Ricardo Tudela.

Abraham Valdez (Bolivia) — Rafael Heliodoro Valle (México) — Antonio Vázquez Escalante — Arturo Vilches — Dr. Elemer von Karman.

Alvaro Yunque.

ILUSTRADORES

Camblor — Carybe — Gustavo Cochet — Enrique Fernández Chelo — José Antonio Ginzo — Emma Jauch — Kras — Pedro Olmos — José Planas — Francisco A. de Santo — Demetrio Urruchúa.

Dirección: A. CUPIT

Redacción y Administración
ALSINA 736
BUENOS AIRES
U. T. 34 - Defensa 0297

Toda la correspondencia debe ser dirigida a nombre de A. CUPIT. Giros y toda clase de valores a VICENTE CASADO

Suscripción anual:
ARGENTINA: $ 3.50
EXTERIOR: 1 dólar
Ejemplar: 30 centavos
Exterior: 0.10 dólar

La responsabilidad de los conceptos e ideas expuestos en los trabajos firmados que se publican incumbe exclusivamente a sus autores. El Comité de Dirección, de acuerdo con el criterio enunciado en la Declaración inicial, no ejerce censura previa sobre las colaboraciones, ni aun en las secciones fijas, a cargo de redactores permanentes. Por tanto, declara que en ningún caso ellas implican una opinión oficial de HOMBRE DE AMERICA.

CORREO ARGENTINO
TARIFA REDUCIDA
Concesión Nº 4989

Impreso en Argentina
Printed in Argentina